

La Iglesia Católica en la Huasteca, 1923-1940

Patricia San Pedro López

Introducción

Este avance forma parte del proyecto de investigación titulado “Espacios de poder y vida: la lucha por la tierra y la dominación política en la Huasteca hidalguense, 1920-1940”. Es resultado de la indagación sobre las élites locales, su interrelación y disputa por la hegemonía en esta zona durante la etapa posrevolucionaria. La Iglesia católica en la Huasteca ha sido una institución compleja, heterogénea y cambiante, al igual que en el resto del país, pero se desconoce cuál fue su papel social, económico, político y cultural en nuestra región de estudio, en los años veinte y treinta. Las preguntas iniciales del texto son ¿Quiénes fueron los protagonistas de la lucha por el poder local? ¿Únicamente los líderes posrevolucionarios disputaron entre sí la dominación política regional? ¿Qué papel tuvo la Iglesia católica en esta disputa? ¿Cuáles fueron los vínculos entre la jerarquía católica y la población local? ¿Incidió de alguna manera la Iglesia en el reparto agrario? ¿Quiénes fueron incluidos y quiénes excluidos en el proceso de conciliación religiosa?

La exposición se dividió en cuatro apartados. El primero aborda los antecedentes de la fundación de la diócesis de Huejutla, una semblanza del primer obispo José de Jesús Manríquez y Zárate y el inicio del conflicto Iglesia-Estado. El segundo apartado describe el papel protagónico de este obispo durante el primer levantamiento cristero y la respuesta del gobierno callista a la oposición católica. En la siguiente sección, describo la creación y desarrollo de *Acción Católica Mexicana* en la Huasteca, como la estrategia más importante de la Iglesia para adaptarse al nuevo escenario político, nacional y local. Por último, señalamos cuál era la situación de la jerarquía y de los feligreses católicos al finalizar el obispado de Manríquez y al inicio del obispado de Darío Miranda, en 1940.

1. Fundación de la diócesis de Huejutla: El obispo Manríquez y el catolicismo social

En la segunda mitad del siglo XIX, el convento de Huejutla contaba con veinticuatro pueblos y estancias que dependían de la Diócesis de Tulancingo, adscrita al Arzobispado de México.¹ Desde su fundación, la jurisdicción eclesiástica tuvo varios obispos que participaron activamente en la política nacional, destacando Juan Bautista Ormachea, quien formó parte de la Junta de Notables integrada, en 1863, por el Imperio de Maximiliano. A principios del siglo XX, José Mora y del Río y José de Jesús Manríquez y Zárate fueron dos obispos de la diócesis que encabezaron las protestas de la jerarquía católica en contra de los artículos de la Constitución de 1917 y la legislación callista de 1926; posteriormente, el obispo Darío Miranda, fue pieza clave de la política de reconciliación entre la Iglesia y el gobierno mexicano, en el ámbito regional y nacional, a finales de la década de los treinta.

En diciembre de 1922, el Papa Pío XI creó la diócesis de Huejutla con parroquias de los estados de Hidalgo, San Luis Potosí, Veracruz y Puebla, y designó al sacerdote guanajuatense, José de Jesús Manríquez y Zárate, primer obispo de la nueva jurisdicción eclesiástica. Después de la ceremonia de consagración, el jerarca católico asumió su cargo en julio de 1923 y desde esta fecha hasta mayo de 1926, Manríquez visitó las comunidades más recónditas de la Huasteca, principalmente las porciones hidalguense y potosina, para difundir la doctrina católica, crear centros de catequesis y fundar asociaciones religiosas con la población predominantemente indígena. A tono con los nuevos aires del catolicismo social que provenían de Europa² e inspirado por la encíclica *Rerum novarum*³, Manríquez se dedicó con ahínco a la ‘reconquista espiritual’ de la Huasteca, aplicando los principios de esta doctrina cristiana a las condiciones de la población local.

De acuerdo a Jean Meyer, antes que los líderes e intelectuales revolucionarios reivindicaran las demandas de las clases obrera y campesina, la Iglesia católica mexicana había ‘descubierto’ a las clases proletarias del campo y la ciudad, al despuntar el siglo XX

¹ Aguilera González, Francisco, *Cardenal Miguel Darío Miranda, el hombre, el cristiano, el obispo*, México, Conferencia del Episcopado Mexicano, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, 2005, p. 298.

² El catolicismo social surgió en los países católicos europeos como respuesta del Vaticano a las necesidades de la clase obrera y al ascenso de los sindicatos socialistas. Véase Claudia González Gómez, “Francisco Banegas Galván, un intelectual católico en el México revolucionario. Reflexión historiográfica”, Tesis de Maestría en Historia, México, Universidad Iberoamericana, 2003. p. 18.

³ La encíclica *Rerum novarum*, dictada por el Papa León XIII (1871) puso énfasis en las relaciones entre patrones y obreros, al igual que entre propietarios y campesinos. En México, a partir de 1900, la atención a las necesidades de las clases populares “pasó a ser la preocupación primordial de los obispos”, en Meyer, Jean, *La Cristiada*, t. 2, México, Siglo XXI Editores, 1992, p. 46.

y hacia ellas dirigió sus tareas doctrinales y organizativas. En México, los obispos de Chilapa, Colima, Oaxaca, Tulancingo y Querétaro fueron los precursores del catolicismo social en sus diócesis regionales y también trabajaron en la organización del Primer Congreso Católico nacional que se llevó a cabo en la ciudad de Puebla en 1903, donde discutieron temas como el sindicalismo cristiano, el alcoholismo, las cooperativas agrícolas, la educación y el “problema del indio”; entre las conclusiones más importantes a las que arribó este encuentro católico, sobresalieron la necesidad de reconocer las problemáticas regionales, el respeto a las autonomías locales y la defensa de los intereses indígenas ante los tribunales de justicia de cada estado.⁴

Los siguientes tres congresos se realizaron en Morelia (1904), Guadalajara (1906) y Oaxaca (1909), con ponencias que enfatizaron la búsqueda de la justicia social para los obreros y los indios de todo el país. Por otro lado, la condición miserable en que se encontraba la masa campesina fue el tema más importante de los tres Congresos Agrícolas que tuvieron lugar en Tulancingo (1904 y 1905) y Zamora (1906). Posteriormente, en Puebla, León y la ciudad de México se organizaron las “Semanas Agrícolas y Sociales”, en las cuales los católicos laicos abordaron extensamente el problema indígena y el problema agrario.

Hacia 1910, poco antes del inicio de la revolución mexicana, el resultado más importante de la intensa labor social del clero mexicano fue la creación de 25 Círculos Obreros Católicos que agrupaban a 9 000 trabajadores de todo el país. La gran efervescencia social, política y sindical de los católicos de los años veinte, afirma Jean Meyer, “no se explica si no se conoce esta lenta preparación de los años 1900-1910”.⁵

Los acontecimientos revolucionarios interrumpieron en varias zonas del país las tareas de las organizaciones católicas y, al igual que medio siglo antes, los liberales jacobinos se enfrentaron a la Iglesia católica con motivo de la promulgación de la Constitución de 1917, la confiscación de templos y bienes eclesiásticos, la expulsión de clérigos y monjas extranjeros y la ejecución de varios sacerdotes mexicanos. Sin embargo, a diferencia de la legislación decimonónica, la nueva Carta Magna facultaba al Estado mexicano “intervenir según la ley en materia de culto y de disciplina externa”, es decir, las

⁴ *Ibid.*, pp. 50-52.

⁵ *Ibid.*, p. 52.

autoridades del gobierno podían establecer requisitos para ejercer la profesión sacerdotal y regular ciertas actividades de las organizaciones religiosas.

En 1917, la respuesta de los católicos al artículo 130 constitucional no fue homogénea en el país, ya que solamente algunos grupos católicos del estado de Jalisco encabezaron protestas civiles y armadas; en cambio, la mayoría de los jerarcas católicos optaron por preservar la “amistad internacional” entre el Vaticano y el Estado mexicano posrevolucionario.⁶ Pero, hacia 1921, aumentaron las tensiones entre el gobierno y la Iglesia debido a los continuos enfrentamientos entre católicos y socialistas en Morelia, Torreón, Querétaro y Nuevo León; en la capital del país, el arzobispo Mora y del Río, sufrió un atentado en el palacio arzobispal y en la Villa de Guadalupe explotó una bomba a los pies de la imagen de la Virgen.⁷ En conjunto, estos acontecimientos fueron interpretados por la grey católica mexicana, e incluso por sectores católicos de la sociedad norteamericana, como prueba de la instauración del sistema “bolchevique” en México.⁸

Las hostilidades continuaron con la construcción del monumento a Cristo Rey, en el cerro del Cubilete, Guanajuato, donde se congregaron 50 000 feligreses encabezados por el delegado apostólico, Monseñor Filippi, el 11 de enero de 1923. Las autoridades federales consideraron que este acto había violado la ley, por lo cual ordenaron la expulsión del representante eclesiástico extranjero. No obstante, la actitud del presidente Álvaro Obregón fue conciliatoria e intentó calmar los ánimos beligerantes de ambas partes.

El gobierno obregonista devolvió la mayoría de los templos y conventos confiscados a la Iglesia durante la revolución mexicana, de esta manera, los sacerdotes y jerarcas católicos continuaron su tarea evangelizadora en los cientos de pueblos y ciudades más importantes del país. Después de más de una década de conflicto armado, los curas mexicanos retomaron la “vuelta al campo” que habían comenzado tiempo atrás, para reconquistar espiritualmente a los habitantes del México agrario que habían sido abandonados o que nunca habían sido atendidos por algún sacerdote. Sin embargo, el gobierno del presidente Plutarco Elías Calles al igual que varios gobernadores de los

⁶ Olimón Nolasco, Manuel, “El enfrentamiento, 1916-1929” en *El Universal. Las relaciones Iglesia-Estado en México, 1916-1992*, t. 1, México, 1992, p. XIV.

⁷ Noticias publicadas el 7 de febrero, 12 de mayo y 15 de noviembre de 1921, en *El Universal, op. cit.*, pp. 37-40, 47-55, 57-74.

⁸ Meyer, Jean, “Libro segundo, 1926-1929” en *La cruzada por México. Los católicos de Estados Unidos y la cuestión religiosa en México*, México, Tusquets Editores, 2008, pp. 51-113.

estados del país fueron menos tolerantes con el activismo social, político social y religioso de los católicos. Desde el inicio de su gobierno, Calles intentó contrarrestar la influencia de la Iglesia católica en la población mexicana, a través de medidas como el intento fallido de establecer una Iglesia cismática, la prohibición de sindicatos religiosos y la penalización de algunas prácticas de los ministros y feligreses católicos. Un grupo de obispos de los estados de Colima, Jalisco, Tamaulipas e Hidalgo, dirigidos por el arzobispo de la ciudad de México publicaron cartas pastorales para criticar los “ataques” del gobierno callista en contra de la religión católica; el arzobispo Pascual Díaz concedió una entrevista al periódico *El Universal* en la que, supuestamente, había llamado a la rebelión desde el púlpito de las Iglesias.

La reacción de Calles ante lo que consideró una actitud altanera e intransigente de la jerarquía fue otra respuesta radical e intolerante: la aprehensión y el exilio de los clérigos. Aunque se intentó llegar al acuerdo pacífico, las posiciones del gobierno y la jerarquía católica se radicalizaron y no fue posible la conciliación. Comenzó así la rebelión cristera a finales de 1926. Durante este primer levantamiento religioso y a lo largo de la década de los treinta, el obispo de Huejutla tuvo una posición sobresaliente dentro de la jerarquía católica radical y, a pesar de su exilio, continuó dirigiendo las actividades religiosas de las parroquias de la Huasteca hasta 1939.⁹ ¿Quién era este obispo que se atrevió a retar al presidente Calles?

Un obispo intransigente

José de Jesús Manríquez y Zárate (1884-1951), nació en la ciudad de León, Guanajuato, donde ingresó al Seminario Conciliar en 1896. Ahí, uno de sus maestros era Leopoldo Ruiz y Flores, obispo de la diócesis de León –y delegado apostólico durante el conflicto cristero– quien “escogió a los alumnos más distinguidos de su seminario para enviarlos a Roma a cursar en las Universidades Europeas las materias de la carrera sacerdotal y de su especial predilección”.¹⁰ Uno de los pocos elegidos fue Manríquez. El seminarista ingresó al Colegio Pío Latino Americano en 1903 y recibió la unción sacerdotal en 1907. Dos años

⁹ Valverde Téllez, Emeterio, *Bio-bibliografía Eclesiástica Mexicana (1821-1943)*, tomo II, México, Editorial Jus, 1949, p. 61.

¹⁰ Velázquez, Ildefonso, *Datos biográficos del Exmo. y Rev. Don José de Jesús Manríquez y Zárate*, s/l, noviembre de 1944, p. 2.

después, regresó a México en 1909 para impartir clases de latín en el Seminario de León y, a pesar de su corta edad, causó profunda impresión entre sus alumnos por su recia personalidad; uno de ellos era Darío Miranda quien lo describió de la siguiente manera: “de buena estatura, de tez morena, porte erguido, facciones bien delineadas, nariz aguileña, labios finos, firmemente apretados, en un rictus de tensión, bajo unas cejas fijas los ojos claros, de un mirar concentrado, penetrante.”¹¹ Otra imagen más romántica, la trazó José Vasconcelos al mencionar que era un “indio de raza vigorosa y pura, alto de talla, recio de complexión, subido el color y fulgurante la mirada (...) de fe exaltada, de virtud intransigente y de idiosincrasia militante que no transige cuando se trata de sostener las causas de la verdad y de la justicia”.¹²

En enero de 1911, Manríquez fue nombrado cura de la Parroquia de Guanajuato donde fundó el Círculo Obrero “Ketteler”, miembro de la Confederación Nacional Católica del Trabajo, participó intensamente en la Liga de Acción Católica Social encargada de una extensa variedad de tareas, a saber: un “ropero para los pobres”, cajas de ahorros, servicio médico, caja de préstamos y bibliotecas fijas y ambulantes. Otra actividad en la que invirtió mucho tiempo Manríquez fue la educativa, pues fundó escuelas particulares para los hijos de las familias más ricas de la capital guanajuatense, como el “Colegio Santa María”, uno de los más renombrados en todo el estado; también creó la “Academia Sor Juana Inés de la Cruz”, dedicada exclusivamente a la educación de las mujeres.¹³ De igual manera, estableció una escuela parroquial para los mineros de los barrios marginales de Guanajuato y otra para los niños donde adquirirían “los rudimentos de la enseñanza elemental”. Manríquez pagaba los salarios de los maestros de ambos centros de enseñanza parroquial. Al comenzar el año de 1921, ya con el nombramiento de canónigo doctoral, regresó a León para apoyar la organización de panaderos, zapateros e hilanderos en sindicatos católicos y estableció en esta ciudad una sucursal de la Academia femenina guanajuatense.¹⁴

Sin embargo, Manríquez era sólo un sacerdote de un grupo más amplio de clérigos dedicados al proselitismo social entre la población católica, dirigidos por el obispo Ruiz y Flores, que continuó sus actividades religiosas en la diócesis de León a pesar del conflicto

¹¹ Valverde, p. 32.

¹² Citado en López Beltrán, Lauro, *Manríquez y Zárate. Primer Obispo de Huejutla*, México, Editorial Tradición, 1974, p. 7.

¹³ *Ibid.*, p. 16.

¹⁴ López, pp. 226-8.

armado de 1910. Pero, al finalizar la revolución mexicana, las crecientes hostilidades entre la Iglesia y el gobierno impulsaron a las organizaciones católicas a redoblar sus esfuerzos organizativos para “defender su fe” de las nuevas normas constitucionales. Para tratar de derogar los artículos constitucionales que consideraba anticatólicos, la Iglesia no dudó en recurrir a la vía legal, pero también emprendió la reconquista espiritual de las localidades urbanas y rurales donde era débil la presencia de la institución religiosa, especialmente aquellas donde no existía “la palabra de Dios”, desde mucho tiempo atrás.¹⁵ Una de estas regiones era precisamente la Huasteca, adonde fue enviado Manríquez y Zárate, designado por el papa Pío XI obispo de Huejutla en diciembre de 1922.

Según Valverde, la Diócesis de Huejutla incluía 27 parroquias: 22 de Tulancingo, 3 de San Luis Potosí y 2 de Tamaulipas y únicamente contaba con 18 sacerdotes “de los cuales unos eran ancianos, otros enfermos, y aun los sanos, muy a su pesar, no podían administrar dos o tres parroquias a la vez.”¹⁶ Por otra parte, López Beltrán menciona 25 Parroquias: 17 de Hidalgo, 5 de Veracruz y 2 de San Luis Potosí¹⁷, mientras que Aguilera considera que había “diecisiete parroquias de Hidalgo, cinco de Veracruz y Puebla, tres de San Luis Potosí y otra más de la Diócesis de Tamaulipas”.¹⁸ Posiblemente, la diferencia en el número de parroquias se debe a los cambios que tuvo la jurisdicción eclesiástica durante las primeras tres décadas de su funcionamiento, aunque los autores coinciden en señalar el exiguo número de 18 sacerdotes para toda la región.

Este reducido número de clérigos en una zona tan amplia geográficamente y con escasas vías de comunicación, además de una arraigada cultura liberal de la élite local, explica, en parte, el débil culto católico de la población al que se enfrentó Manríquez al comenzar su ministerio religioso:

Quando comenzaba mis primeros trabajos apostólicos, un día, recuerdo, fui a la Catedral: era un día de Precepto, me encontré en la santa Misa asistiendo a siete indígenas. Mi corazón se partió de dolor, de angustia. Al domingo siguiente decía al Sr. Cura: “Señor, mandad a los acólitos y sacristanes a la plaza y a las calles para

¹⁵ A mediados del siglo XIX había una arquidiócesis y 10 diócesis, en 1905 son ya 7 arquidiócesis, 23 diócesis y un vicariato apostólico. También el número de parroquias aumentó en el mismo periodo de 1 222 a 1 700. El crecimiento de los templos fue más espectacular ya que pasaron de 4 895 (1878) a 12 225 (1905). Respecto al número de sacerdotes había un total de 3 232 en 1851 y 4 015 en vísperas de la revolución de 1910, véase Romero de Solís, José Miguel, *El aguijón del espíritu. Historia contemporánea de la Iglesia en México (1892-1992)*, p. 71. página web: www.books:google.com.mx/books?isbn=9686839798.

¹⁶ Valverde, p. 62.

¹⁷ López, p. 230.

¹⁸ Aguilera, p. 298.

que traigan indígenas a oír la santa misa”. Y yo en la puerta de la Catedral cumplía el precepto evangélico: “*Compelle intrare*”. Oblígalos a entrar. Y al poco tiempo, señores, ya la Catedral de Huejutla se llenaba. Habíamos fundado ya muchas doctrinas, las cuales llegaron a 40 en los alrededores de la ciudad.¹⁹

Efectivamente, después de constatar la escasa asistencia de la población a los sacramentos religiosos, el obispo inició la enseñanza de la doctrina católica en todo el municipio de Huejutla y “organizó una forma especial de Escuelas Catequísticas para formar catequistas nativos, para lo cual tuvo que echarse a cuestras [*sic*] el aprendizaje de los dialectos de la región”.²⁰ A los primeros catequistas que formó, en su mayoría indígenas, Manríquez los envió a los poblados que pertenecían a la cabecera municipal, aproximadamente treinta y tres localidades, con el objetivo de establecer centros de rurales de catequesis en cada una de ellas. Otra medida para resolver el problema de la falta de sacerdotes en la región y fomentar las vocaciones religiosas fue la creación de un Seminario Conciliar, más bien de un protoseminario, que sólo contaba con ocho estudiantes.²¹ Manríquez designó rector del Seminario al presbítero Arturo Arellano, Vicario de la Parroquia de Chicontepec. Además del obispo y el rector, otros dos sacerdotes, Félix Torres y Eufemio Villegas, impartieron las primeras cátedras a los seminaristas.

Además del Seminario, Manríquez creó el Centro Educativo Diocesano, el 27 de diciembre de 1923, que tenía a su cargo la instrucción católica de los feligreses. La denominación oficial de este centro en la correspondencia eclesiástica era la de “Comisión Diocesana de Instrucción Religiosa” y estaba integrada verticalmente en tres niveles. La dirección estaba integrada por un Presidente (José Amador Manríquez), dos Secretarios

¹⁹ Archivo Histórico del Arzobispado de México (AHAM), Fondo Darío Miranda, Expediente 109, s/f, “Discurso del Sr. Obispo Manríquez y Zárata agradeciendo el banquete”.

²⁰ Velázquez, p. 8.

²¹ El protoseminario no alcanzó a consagrar a ningún sacerdote, debido al conflicto Iglesia-Estado que surgió pocos años después. Al principio había tres estudiantes indígenas y cinco blancos que presentaron sus exámenes finales en septiembre de 1924. El 1° de octubre “quedó fundado el Seminario, ya en toda forma, con los ocho alumnos que integraron el curso preparatorio, a los que se sumaron tres estudiantes de la Arquidiócesis de Guadalajara y tres más de la diócesis de Tulancingo”, cuya sede fue la casa del Curato, un local anexo a la Catedral. Entre los estudiantes que procedían de Tulancingo se contaba el señor D. Sotero Girón, quien fue designado Prefecto de Disciplina y Catedrático de Latín. Los cursos quedaron integrados de la siguiente manera: Primer año de Latín: Nemorio Lara, Eulalio Domínguez Cázares, Facundo H. Gómez, Emigdio del Valle, Fernando Martínez, Francisco Vázquez, Arturo Rodríguez e Hilario Hernández. En el segundo año de Latín sólo había un alumno: Jesús Amador Manríquez (hijo de Paula Manríquez, hermana del obispo y de José Amador, Presidente del Comité Diocesano de Huejutla). En el tercer año: Manuel y Jesús Borja. En el primer año de Filosofía: Juan Honey Martínez y Mateo Ochoa. Y en segundo año de Teología: Salvador Borja Moreno”. Véase López, p. 207-8.

(Higinio Ochoa y Alonso Nuñez de Peralta), un Tesorero y tres Vocales. El segundo nivel correspondía a las parroquias de la diócesis; en el tercero, se ubicaban los centros de catecismo de las numerosas localidades de la zona (Xilitla, Tantoyuca, Chapulhuacán, Jacala y Jacalilla fueron los últimos centros creados antes del exilio del obispo). De la Comisión Diocesana dependía un grupo de catequistas misioneros y también contaba con un inspector general e inspectores de zona, encargados de elaborar los informes mensuales y anuales de las labores catequísticas (registro de asistencia a la doctrina, número de boletos repartidos por dicha asistencia entre la población y hojas instructivas). Ambas iniciativas del obispo de Huejutla, el seminario y la comisión diocesana, funcionaron sin grandes dificultades durante la estancia de Manríquez en la Huasteca.

En la cabecera municipal de Huejutla, se fundaron la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (A.C.J.M) que editó *El Heraldito de las Huastecas*, la Juventud Católica Femenina de México (J.C.F.M), encargada del periódico *La Amiga de la Verdad* y la Unión de Damas Católicas que, “era una de las más apostólicas del país, al menos por su ejército de catequistas nativos que diariamente impartían la Doctrina Cristiana en todos los pueblos y rancherías”.²² Conforme iban aumentando las actividades de la diócesis de Huejutla, afirma Velázquez, el obispado se convirtió

en el centro de todas las actividades de la región de las Huastecas (*sic*): de allí salían los Catequistas hacia los más apartados lugares, allí tenían sus asientos el Seminario Conciliar y el Centro Educativo Diocesano que era una especie de Dirección General de Educación Católica. De sus escuelas salieron jóvenes con verdadera formación que más tarde han brillado en todas las Carreras Universitarias y Politécnicas y en todos los campos de la actividad humana: comerciantes, industriales, ganaderos, obreros y campesinos preparados que siguen dando lustre y prez al Gobierno del Primer Obispo de Huejutla.²³

Entre 1923 y 1926, el clérigo mexicano “visitó por tres veces las parroquias del Obispado: unas, entre la parte más abrupta y accidentada de los estados de Hidalgo, Veracruz y Puebla; otras, enclavadas en el corazón de la Huasteca Potosina que por entonces carecían de vías de comunicación y estaban perdidas entre las selvas y los barrancos”.²⁴ Su primera visita pastoral la llevó a cabo durante tres meses durante los cuales atravesó la Sierra hasta llegar a la desembocadura del Pánuco y, según uno de sus

²² *Ibid.*, p. 238.

²³ Velázquez, p. 9.

²⁴ Aguilera, p. 303.

biógrafos, este viaje tuvo un profundo impacto en el jerarca católico, pues conoció las terribles condiciones económicas y ‘espirituales’ en las que vivía la mayoría de los indígenas de la región; al predicar ante los habitantes de los caseríos diseminados en la serranía y los bosques tropicales de la Huasteca hidalguense y potosina, Manríquez recuerda que “los encontró aún sumidos en la barbarie más espantosa y en la más odiosa y diabólica idolatría (Así) Vuelve a Huejutla llevando en el corazón una honda pena por tanta miseria moral en que se encuentran sus diocesanos, principalmente la sufrida raza indígena. Los naturales son, desde entonces, sus hijos predilectos...”.²⁵

Dado que la población indígena habitaba en poblados dispersos y lejanos de la cabecera municipal, Manríquez puso especial atención en las catequesis rurales a las que visitaba personalmente con cierta frecuencia; también organizó peregrinaciones a la Catedral de Huejutla, con feligreses de las rancherías, congregaciones y pueblos indígenas para venerar a la Virgen de Guadalupe. Para resaltar la labor de los catequistas indígenas, creó la asociación religiosa denominada “Los Hermanos Custodios de la Santa Iglesia Catedral”, encargada de mantener el orden y decoro del recinto religioso; los integrantes de esta organización vestían una túnica azul, esclavina blanca sobre los hombros y portaban una gran vara que terminaba en cruz y representaba su jurisdicción y mando. Otro incentivo para aumentar la asistencia de la población a la iglesia fue la apertura de una tienda en la Catedral de Huejutla, donde se vendían productos de consumo básico a precios más económicos que en las tiendas de la cabecera municipal.²⁶

Una vez establecidos los cuarenta centros de catequesis en la cabecera y las rancherías de Huejutla, el obispo envió a los catequistas indígenas preparados por él mismo para que se encargaran de la doctrina religiosa y del reclutamiento de nuevos catequistas; del mismo modo, a los seminaristas les encomendaba visitar las rancherías más cercanas para que asistieran a dichos centros y se ganaran la confianza de los habitantes.

Sin embargo, en 1925, el gobierno callista endureció su política hacia el clero mexicano, al cual veía como un rival en la organización sindical de la clase trabajadora, pero, sobre todo, como un enemigo reaccionario de la revolución mexicana. Con gran

²⁵ López, pp. 234-5.

²⁶ *Ibid.*, pp. 21-23.

preocupación, Manríquez le expresó al arzobispo de México, Mora del Río, sus temores por la actitud del nuevo presidente, pues:

Si en los momentos presentes que son momentos críticos para el gobierno de Calles, y en los que debiera ganarse la simpatía de todos se nos ataca tan duramente, tan despiadadamente, y eso en la gran metrópoli mexicana a la vista de prominentes hombres de todas las naciones y del mismo cuerpo diplomático ¿qué será cuando ese gobierno se sienta ya cimentado y fuerte y lo haya dominado todo en los campos de batalla? sobre todo ¿qué será de nosotros los que vivimos alejados de los grandes centros de cultura y enteramente a merced de hombres impíos y semi-salvajes?²⁷

A pesar de las tensiones con el gobierno nacional, Manríquez le manifestó a su superior que había “establecido una Escuela Normal con objeto de formar profesores católicos que contrarresten la labor antirreligiosa de los profesores laicos, o impíos, (que) espero que muy en breve empezará dicho establecimiento a dar los primeros frutos”.²⁸ Además del obispo, el cofundador, director y profesor de la Normal de Huejutla fue Idefonso Velázquez Ibarra, también originario de León, quien se ganó rápidamente el aprecio de la población local y la desconfianza de las autoridades municipales. Poco después de su llegada, el docente contrajo matrimonio con una residente de la vecina localidad de Chalma, de apellido Sánchez.²⁹ Un dato interesante que apuntaron algunos sacerdotes sobre Velázquez fue su membresía en la Sociedad Mexicana de Antropología, Sociedad de Geografía e Historia, Academia Nacional de Ciencias y la Academia Nacional de Historia, pero se desconocen sus aportaciones en estas materias.³⁰

La Escuela Normal de Huejutla solamente admitió a alumnos varones, en grupos de quince estudiantes, que vivían de la cabecera municipal o en localidades alejadas del centro administrativo; para evitar su deserción se construyó un internado anexo a la Catedral. Aproximadamente 165 alumnos ingresaron a la institución educativa, sin embargo, posiblemente atendió hasta 350 normalistas; varios de los egresados se dedicaron al magisterio, pero otros continuaron sus estudios universitarios.³¹

²⁷ AHAM, Fondo José Mora del Río, Caja 72, Expediente 1, Foja 2, Carta de José de Jesús Manríquez al Arzobispo Mora del Río, Huejutla, 12 de marzo de 1925.

²⁸ AHAM, Fondo José Mora del Río, Caja 72, Expediente 1, Foja 3, Carta de José de Jesús Manríquez al Arzobispo Mora del Río, Huejutla, 12 de marzo de 1925.

²⁹ Probablemente se trata de María de Jesús Sánchez, Presidenta de los Vasallos de Cristo Rey, quien firmó una solicitud, en 1940, para el envío de un sacerdote a la parroquia de Huejutla.

³⁰ Página web: www.comie.org.mx/congreso/memoria/v9/ponencias/at09/PRE1177698825.pdf, p. 3.

³¹ Hilario Menéndez y José Hernández Lara fueron alumnos de la Escuela Normal de Huejutla. Ambos eran maestros rurales y participaron en la política local.

De acuerdo a las declaraciones de dos ex alumnos, la Escuela Normal aplicó nuevos métodos de enseñanza, por ejemplo, excursiones para recolectar insectos y flores, el uso de dibujos para estudiar la anatomía humana, así como del telescopio para elaborar un mapa estelar y el aprendizaje de las matemáticas basado en problemas de la vida práctica. Estos dos egresados de la Normal recuerdan las prácticas docentes que distinguían a la institución de otras escuelas: el estudio individual de los estudiantes, la elaboración de tareas con profesores tutores y “la disciplina sin gritos ni golpes y la formación que abarcaba además de aspectos escolares, la cultura y los deportes”, tales como la creación de una orquesta integrada por alumnos y maestros, concursos de oratoria y festivales literarios y la práctica del básquetbol. A todos estos eventos se invitaba a los padres de familia y población en general.³² En cuanto a la educación religiosa, los ex alumnos negaron haber recibido tal formación católica, aunque señalaron que el profesor Velázquez sí acudía semanalmente a oír misa a la Catedral.

Además de fundar la Escuela Normal, el obispo Manríquez intentó publicar un diario católico local en el que participarían los sacerdotes de la diócesis y los feligreses, que serviría como medio de opinión sobre los asuntos religiosos y la problemática local, desafortunadamente no tuvo tiempo de llevar a cabo este proyecto porque las tensiones entre la Iglesia y el gobierno callista condujeron a la lucha religiosa más cruenta de nuestra historia: la rebelión cristera de 1926-1929.

Tanto la prensa de la época como la literatura histórica sobre el levantamiento cristero, mencionan la expulsión del obispo de Huejutla como uno de los principales episodios nacionales del enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado posrevolucionario, pero son escasas las referencias al contexto regional y las consecuencias que este hecho tuvo en la Huasteca, por eso consideramos importante estudiar esta cuestión en el siguiente apartado.³³

2. La intransigencia de la ley y la fe. Calles y la jerarquía católica radical

Los últimos meses de 1925 y los primeros del siguiente año fueron críticos para las relaciones Iglesia-Estado debido a la compleja mezcla de acontecimientos nacionales e

³² *Ibid.*, p. 5

³³ AHAM, Fondo José Mora del Río, Caja 72, Expediente 1, Foja 4, Carta de José de Jesús Manríquez al Arzobispo Mora del Río, Huejutla, 12 de marzo de 1925.

internacionales que tuvieron lugar en el ámbito religioso y petrolero. En los estados de Colima, Jalisco e Hidalgo, los congresos locales aprobaron las primeras leyes que reglamentaban el culto religioso. El 22 de noviembre de 1925, los diputados José Rivera (representante del Distrito de Huejutla) y Javier Rojo Gómez, presentaron una iniciativa ante el Congreso del Estado de Hidalgo, que autorizaba ejercer únicamente a un sacerdote por religión en cada municipio de la entidad, excepto en Pachuca y Tulancingo, donde se permitirían cinco clérigos. El proyecto de ley estatal también dispuso que los religiosos que permanecieran en la entidad fueran únicamente de nacionalidad mexicana.³⁴ La reacción de la Iglesia católica vino del obispo de Huejutla, el cual publicó su *Quinta Carta Pastoral* en la que criticó la iniciativa de los diputados hidalguenses y convocó a los mexicanos a defender los derechos de la Iglesia.

Por otro lado, el 31 de diciembre de 1925, se aprobó el reglamento del artículo 27 que reconocía la propiedad de la nación sobre los recursos petroleros. Las empresas petroleras extranjeras interpusieron decenas de amparos y establecieron pláticas con el presidente Calles. Rápidamente, en enero de 1926, la prensa norteamericana mencionó la posibilidad de levantar el embargo de armas a México, la cual era una amenaza velada contra el gobierno mexicano, porque cualquier grupo rebelde mexicano podría comprar armas en los Estados Unidos. Mientras tanto, Calles trató de resolver por la vía diplomática, las presiones de las empresas petroleras norteamericanas y por algunos meses logró contener los ánimos intervencionistas del gobierno del vecino país del norte.

El 4 de febrero de 1926, el periódico *El Universal* publicó la polémica entrevista al arzobispo de México, Mora del Río –quien después reclamó que el diario había falseado sus declaraciones–, para conocer su opinión sobre las nuevas normas gubernamentales en materia religiosa. En las páginas del diario se asentó la siguiente declaración de Mora:

La doctrina de la Iglesia es invariable, porque es la verdad divinamente revelada. La protesta que los prelados mexicanos formulamos contra la Constitución de 1917 en los artículos que se oponen a la libertad y dogmas religiosos, se mantiene firme. No ha sido modificada sino robustecida, porque deriva de la doctrina de la Iglesia.

La información que publicó EL UNIVERSAL de fecha 27 de enero, en el sentido de que se emprenderá una campaña contra las leyes injustas y contrarias al Derecho Natural, es perfectamente cierta.

³⁴ Ruiz de la Barrera, Rocío, *Breve historia de Hidalgo*, México, Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 146.

El episcopado, clero y católicos, no reconocemos y combatiremos los artículos 3o., 5o., 27o., y 130 de la Constitución vigente.

Este criterio no podemos por ningún motivo variarlo sin hacer traición a nuestra fe y a nuestra religión.

Para echarle más lumbre al fuego, el gobernador de Hidalgo, Matías Rodríguez, partidario acérrimo de Calles, decretó el 16 de febrero de ese año el cierre de todas las escuelas confesionales y envió a inspectores de educación para que vigilaran el cumplimiento de dicha disposición. Los obispos de Huejutla y Tulancingo manifestaron su rechazo al cierre de las escuelas católicas y la reducción del número de sacerdotes en el estado; en señal de protesta, cerraron los templos de ambas diócesis.³⁵ A pesar de los riesgos que corría con sus declaraciones, Manríquez publicó su *Sexta Carta Pastoral* para manifestarse contra las nuevas leyes nacionales y estatales. Pero, esta vez fue aún más lejos al identificar al presidente Calles como el principal responsable de los ataques a la Iglesia. Esta carta pastoral tenía como subtítulo una frase contundente: *¡Miente usted, Señor Presidente!*³⁶

Reprobamos, condenamos y anatematizamos todos y cada uno de los crímenes cometidos por el Gobierno mexicano en contra de la Iglesia Católica en los últimos días, sobre todo su no bien disimulada intención de acabar de una vez para siempre con la religión Católica en México...

¿Y quiere el Gobierno que nosotros, los Obispos, los verdaderos legisladores de la Iglesia y los jefes natos del pueblo de Dios, enmudezcamos ante semejantes atropellos...?

...Ha declarado también últimamente el señor Presidente de la República que considera que de la aplicación de los artículos atentatorios de la Constitución en materia religiosa, no ha surgido ningún problema de importancia en el país, y que todo se ha reducido a protestas más o menos escandalosas en que actúan solamente mujeres, sin tener los individuos del sexo masculino el valor suficiente para presidirlas y capitanearlas en sus heroicas empresas. Miente el Sr. Presidente de la República al asentar tal afirmación.

Debe saber que acá, en estas lejanas tierras sumidas perpetuamente en la barbarie, y bañadas por un sol africano, existe un hombre, un cristiano, que tendrá el valor, con la gracia divina, de sufrir el martirio, si es necesario, por la causa sacrosanta de Jesucristo y de su Iglesia. Sólo pide una gracia al jacobinismo, si es que el jacobinismo puede conceder favores: de que no se le asesine por la espalda. Si el gobierno jacobino exige de los católicos mexicanos el verdadero valor cristiano,

³⁵ Menes Llaguno, Juan Manuel, *Historia mínima del estado de Hidalgo*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2006, p. 212.

³⁶ *Quinta Carta Pastoral* que el Ilmo. y Revmo. Señor Obispo de Huejutla dirige a sus Diocesanos con Motivo del Proyecto de Ley sobre reducción de sacerdotes presentado al Congreso del Estado de Hidalgo, Huejutla, Hidalgo, 22 de noviembre de 1925. La *Sexta Carta Pastoral*, Huejutla, Hidalgo, 3 de abril de 1926. se publicó originalmente en la *Revista Popular*, año II, núm. 11, México, junio 1926 y en *La Dama Católica*, tomo V, núm. 57, México, 1 de junio de 1926.

nosotros tenemos derecho de pedir, de exigir de nuestros verdugos siquiera el valor y la osadía de los Césares de la Roma pagana.³⁷

Las declaraciones de los jerarcas católicos enfurecieron a Calles pues en su interpretación la Iglesia actuaba como un “segundo frente” abierto por las compañías petroleras extranjeras, con la gravedad de que éste se daba al interior de la política nacional.³⁸ La posibilidad de tal conspiración entre la Iglesia mexicana y los monopolios norteamericanos, explica la furibunda reacción del político sonorenses ante las declaraciones de la jerarquía católica. Después de la publicación de la carta pastoral de Manríquez las relaciones entre el gobierno y la Iglesia se volvieron más ríspidas, pues la aparición de este documento coincidió precisamente con el fracaso de los abogados de las compañías petroleras y el fin de las negociaciones directas con el gobierno mexicano. Así, el gobierno de Calles “se convence de que la reciente creación de esa diócesis (Huejutla), con otra de Papantla, no obedece sino a motivos políticos: obispados del campo petrolero, obispos vendidos a las compañías; petróleo y agua bendita que corren juntos. Esta idea pasional va a ser uno de los motivos de la violencia del gobierno en el conflicto religioso”.³⁹

Así, el 15 de mayo de 1926 llegó un batallón de ¡quinientos soldados federales! a Huejutla para aprehender al obispo que lo condujo a Pachuca, en donde permaneció preso en su propio domicilio durante un año y luego fue exiliado a los Estados Unidos. El obispo desterrado vivió algunos meses en Laredo y en Los Ángeles y finalmente radicó en San Antonio, Texas, en compañía de otros sacerdotes mexicanos, líderes católicos y rebeldes cristeros que también fueron expulsados o perseguidos a causa del levantamiento armado.

Además de Manríquez, el sacerdote Félix Torres también fue encarcelado por el gobierno estatal, pronto fue liberado pero ya no regresó a la parroquia. Entretanto, la diócesis de Huejutla quedó a cargo del Vicario Arturo Arellano, quien envió a los pocos estudiantes del Seminario a España donde terminaron su formación sacerdotal, después de pasar una breve estancia en las ciudades de México y Puebla.⁴⁰

³⁷ En López, pp. 244-5.

³⁸ Meyer, 2008, p. 84.

³⁹ *Ibid.*, p. 85.

⁴⁰ López, p. 209.

El exilio de los prelados católicos era el castigo ejemplar que podía esperar cualquier sacerdote que no acatara los lineamientos del artículo 130, pues el presidente Calles les había advertido que:

No hay otro camino para que ustedes se eviten dificultades, y asimismo las eviten al gobierno, que someterse a los mandatos de la ley; y hago a usted presente, también de una vez por todas que cualquier acto de rebeldía al cumplimiento de los preceptos legales y de falta de respeto a las autoridades encargadas de hacerlos cumplir, será castigado sin consideración de ningún género. *La situación en que se encuentra el obispo de Huejutla, es consecuencia de sus mismos actos y de su actitud altanera y falta de respeto a las autoridades y la ley;* y en este caso, como en todos los que se presenten, se obrará de la misma manera, sin que haya influencias interiores o exteriores que hagan cambiar esta actitud del gobierno de la República (cursivas mías).⁴¹

El 14 de junio de 1926, Calles aprobó el famoso decreto (publicado en el Diario Oficial el 2 de julio) sobre delitos contra la Federación en materia de culto religioso que, entre otras cosas, prohibía: ejercer a los sacerdotes extranjeros en suelo mexicano; las órdenes monásticas; la impartición de instrucción primaria en escuelas religiosas; las manifestaciones religiosas fuera de los templos; la expresión de opiniones políticas o críticas a las leyes del país de parte de los ministros de culto; y la propiedad de bienes inmuebles a las asociaciones religiosas.

En respuesta a este código penal, la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa (LNDLR) convocó a los católicos a iniciar un boicot económico y el Comité Episcopal suspendió el culto público el 31 de julio de 1926. Pero, nuevamente, la coincidencia de algunos eventos acentuaron el enojo de Calles: ocurren los primeros tumultos católicos y el boicot económico tiene éxito. Los Caballeros de Colón arman gran escándalo en los Estados Unidos contra el gobierno mexicano. El embajador norteamericano sale de México durante cinco meses. Obregón fracasa en sus intentos de acercar a Calles a los obispos; durante la reunión, Calles, lleno de ira, les ofrece a los jerarcas católicos “que se remonten a la sierra”.⁴²

A principios de 1927, el conflicto religioso se transformó en una guerra, la guerra cristera, en la que participaron 17 estados del país, 80 mil cristeros, 30 mil soldados y murieron 200 mil personas. A pesar de que en Hidalgo no se desarrollaron combates

⁴¹ El Universal, *Las relaciones Iglesia-Estado en México*, 1916-1992, t. 1, México, 1992, “El presidente contesta al ilustrísimo señor Mora y del Río”, 3 de junio de 1926, p. 123.

⁴² Meyer, 2008, p. 86.

armados, el gobierno de Matías Rodríguez, íntimo colaborador del presidente sonorenses, no perdió la oportunidad para probar sus credenciales jacobinas. De igual manera, las autoridades municipales y los diputados locales de las tres porciones de la Huasteca que pertenecían a la diócesis de Huejutla emprendieron una campaña contra toda actividad religiosa, aún aquellas que estaban permitidas por la ley. En este año, coincidentemente, se formaron los primeros comités agrarios de la Huasteca hidalguense, apoyados por el gobierno de Rodríguez y los ‘agraristas’ locales, sin embargo, no se llevó a cabo ningún reparto provisional de tierras entre los campesinos.

A contracorriente de la nueva legislación en materia religiosa, en Huejutla, los centros pastorales fundados por Manríquez siguieron enseñando la doctrina cristiana como siempre lo habían hecho. Uno de ellos impartía el catecismo bajo la sombra de un árbol, pero “Los Agentes del Gobierno decían que hacía labor sediciosa y, como ya le habían llamado la atención y no se corregía, lo detuvieron. La sanción fijada fue de un mes en la cárcel o una multa de cincuenta pesos”.⁴³ Varios templos locales cerraron sus puertas debido a las constantes amenazas de las autoridades y las tareas de catequesis se suspendieron en la mayoría de las parroquias de la región. Ante la falta de clérigos que pudieran sustituir al obispo y los sacerdotes exiliados, el director de la Escuela Normal, Ildelfonso Velázquez, fue designado Secretario de la Sagrada Mitra y también se hizo cargo de las escuelas y actividades religiosas de la Diócesis durante casi una década.⁴⁴

3. Un nuevo frente de batalla: la Acción Católica Mexicana en Huejutla

El 21 de junio de 1929, los Obispos Leopoldo Ruiz Flores y Pascual Díaz Barreto pactaron el fin de la guerra cristera con el Presidente Emilio Portes Gil, a cambio de la total amnistía para los clérigos y fieles, la devolución de casas episcopales, parroquias y seminarios, y las relaciones libres entre la Iglesia Mexicana y el Vaticano. Portes Gil aceptó verbalmente tales demandas y a cambio pidió la rendición incondicional de los cristeros y el destierro definitivo de tres obispos: Francisco Orozco Jiménez, Arzobispo de Guadalajara, José María González Valencia, Arzobispo de Durango y José de Jesús Manríquez Zárate, Obispo de Huejutla.⁴⁵

⁴³ López, p. 238.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 207.

⁴⁵ Aguilera, p. 140.

La decisión del presidente interino de mantener en el exilio permanente a los prelados católicos, confirmó el castigo ejemplar del gobierno mexicano para el sector de la Iglesia más intransigente desde el inicio del conflicto cristero, pero, sobre todo, para los jerarcas que, a juicio de las autoridades mexicanas, estaban aliadas a las compañías petroleras extranjeras; el recelo aumentó aún más por el apoyo económico que brindaron los tres clérigos a los líderes católicos de la LNDLR y a los rebeldes cristeros en San Antonio, Texas. Por si fuera poco, en vísperas de las elecciones presidenciales de 1929, los católicos exiliados en Estados Unidos simpatizaban con la candidatura de José Vasconcelos, el único candidato de la oposición con banderas democráticas.

Sin embargo, para otro grupo de jerarcas católicos y para el Vaticano, la guerra cristera había sido muy costosa en todos los aspectos y no había indicios de obtener un triunfo de sus demandas en el corto plazo. Este sector moderado o conciliador estuvo representado, paradójicamente, por el mentor de Manríquez en Guanajuato, el delegado apostólico Leopoldo Ruiz y Flores y por el arzobispo de la arquidiócesis de México, Pascual Díaz Barreto, ambos sacerdotes pactaron los arreglos de 1929 con la idea de alcanzar una tregua más que una solución definitiva al conflicto cristero. Los acuerdos con el gobierno se hicieron a espaldas de los cristeros en lucha y de sus dirigentes nacionales, en consecuencia, éstos se sintieron traicionados por la propia jerarquía católica y no aceptaron entregar incondicionalmente las armas a sus enemigos. Amargados por lo que consideraban una derrota indigna, varios líderes de la LNDLR y cientos de cristeros desconocieron durante meses, incluso años, a las autoridades religiosas que habían negociado con el gobierno. Entre los jerarcas que se negaron a aceptar los arreglos de 1929 se encontraba el obispo de Huejutla, cuyo destierro definitivo le dio más autoridad moral ante los ojos de los rebeldes cristeros que desconfiaban de la paz impuesta desde arriba.

A pesar de que los arreglos no le dieron el triunfo a ninguno de los contendientes, ambas partes aprovecharon la tregua para fortalecer sus posiciones. El gobierno posrevolucionario dejó en claro que los artículos de la Constitución, origen de la rebelión cristera, no se modificarían bajo ningún concepto; la Iglesia, por su parte, logró que el gobierno no aplicara al pie de la letra las leyes en materia religiosa y cesara la persecución en contra de los clérigos mexicanos.⁴⁶ Esta forma de convivencia informal conocida como

⁴⁶ Torres Septién, p. 16.

el *modus vivendi* entre la Iglesia y el Estado, distendió las posiciones más radicales en ambos lados, la de los liberales anticlericales y la de los católicos intransigentes, pero durante muy poco tiempo, ya que estaba en ciernes una nueva rebelión.

Con todo, la corriente de la Iglesia que había apostado por la reconciliación con el gobierno, consideró que el fin de la guerra cristera era el primer paso de un “proceso esperanzador” que conduciría a la comunidad católica “hacia la madurez cívica y social”; el único camino a seguir de ahora en adelante sería “la tolerancia y acercamiento con el gobierno cooperando leal y sinceramente en todo lo que sea lícito y moral”.⁴⁷ Partidario de este enfoque era el Director del Secretariado Social Mexicano, Darío Miranda, sacerdote formado en el seminario de León, antiguo alumno del obispo Manríquez y colaborador cercano del delegado apostólico, Leopoldo Ruiz y Flores.

Después de los arreglos de 1929, Miranda visitó a Manríquez en los Estados Unidos, quien le reprochó inmediatamente su política conciliatoria con el gobierno, a lo cual respondió que consideraba injusto su reclamo y le expresó que el Comité Episcopal “me había encargado de preparar el futuro de la Iglesia. La situación de extrema violencia no podía durar para siempre. Entre nosotros, unos tenían el mérito de estar en el frente, otros calladamente deberíamos trabajar para que al cesar o aminorarse la persecución, tuviéramos preparados los sacerdotes y los laicos que se dedicaran a reconstruir la Iglesia, a trabajar por la pacificación y la reconciliación”.⁴⁸ Efectivamente, la Iglesia mexicana no abandonó la lucha sino más bien cambió el frente de batalla y pasó de la vía armada a la lucha ideológica en contra de un liberalismo anticlerical que se había ‘adueñado’ de México a través de la ley, la escuela, la prensa y las finanzas; la cuestión más grave, a los ojos de los católicos, era la “tendencia socializante” que estaba dominando el país y de la cual se podía esperar lo peor.⁴⁹

Para contrarrestar esta tendencia así como al capitalismo consumista, el Papa Pío XI se concentró en la evangelización y consolidación de la fe católica de los fieles de todo el mundo; el instrumento principal para llevar a cabo esta tarea en nuestro país fue *Acción Católica Mexicana* (A.C.M.), creada en 1929, con el propósito de promover “La

⁴⁷ Puente Lutteroth, María Alicia (comp.), *Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*, México, Editorial Jus-CEHILA, 1993, p. 170.

⁴⁸ Aguilera, p. 298.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 125.

participación de los seglares en el apostolado jerárquico para la defensa de los principios religiosos y morales, para el desarrollo de una sana y benéfica acción social, bajo la jerarquía eclesiástica, fuera y por encima de cualquier partido político, a fin de restaurar la vida católica en la familia y en la sociedad”.⁵⁰ Durante la década de los treinta, la Acción Católica Mexicana fue la organización religiosa más importante para la Iglesia, el medio para mantener la paz y llevar la doctrina católica a toda la población del país. Para su fundación se convocó a toda las asociaciones piadosas, de caridad y de apostolado; al final se integraron cuatro ramas a la agrupación: La Unión de Católicos Mexicanos (U.C.M.), para los hombres casados y para los adultos; La Unión Femenina Católica Mexicana (U.F.C.M.) para las mujeres casadas y para las mayores; la Juventud Católica Femenina Mexicana (J.C.F.M.), para las mujeres jóvenes y no casadas; y la Acción Católica de la Juventud Mexicana (A.C.J.M.) para los jóvenes no casados.⁵¹

La célula básica de Acción Católica era la parroquia, pues ahí era donde se relacionaban cotidianamente los sacerdotes, los fieles y la agrupación religiosa; ahí era donde los catequistas enseñaban la doctrina cristiana y se congregaba la “comunidad” de la iglesia en el sentido amplio de la palabra. Pero, antes de comenzar la nueva ruta de pacificación había que remontar la desconfianza de los líderes cristeros más destacados durante la rebelión de 1926-1929, por ello incorporó a sus filas a jóvenes católicos militantes de la ACJM (fundada en 1913), tales como Luis Beltrán Mendoza, uno de los dirigentes más importantes de la Liga de Defensa Religiosa, quien se encargó del licenciamiento de las tropas cristeras durante los arreglos de 1929. Al mismo tiempo que integró a unos líderes católicos, la nueva agrupación religiosa excluyó de sus filas a los católicos ultramontanos para reafirmar ante el gobierno su vocación conciliatoria, ya que la tarea principal de A.C.M fue la de evitar nuevos conflictos con el Estado posrevolucionario. De acuerdo a Torres Septién:

Esta organización fue la respuesta de la Iglesia, después de su derrota frente al Estado revolucionario con la que se reinventó y reorganizó mediante nuevos instrumentos y estrategias institucionales de participación popular. Este proceso no

⁵⁰ Puente, p. 170.

⁵¹ La A.C.J.M se fundó en 1913, siguiendo el modelo de organizaciones católicas europeas dedicadas a la formación religiosa y cristiana de la juventud y a la promoción de la participación juvenil en la acción social y política. Junto con la agrupación de las Damas Católicas, fueron las dos organizaciones más beligerantes durante el conflicto religioso y los más reacios a aceptar la tarea ‘pacificadora’ de la A.C.M., Véase Torres Septién, pp. 16-18.

estuvo exento de contradicciones y enfrentamientos internos, que se expresaron no sólo hacia el exterior la institución eclesial, sino también internamente.⁵²

En el marco del *modus vivendi* y de las recomendaciones del Papa Pío XI, *Acción Católica* se propuso estar siempre por encima y fuera de toda acción política, pues “Era esencial que sin recurrir a la violencia y manteniéndonos por las circunstancias fuera de la política, formar la conciencia católica de los seculares y organizarlos para la misión de la Iglesia en la sociedad”;⁵³ en otras palabras, se proponía la formación y maduración de la conciencia cívica, pero sin recurrir a la violencia, ni mezclarse en la lucha partidista. Sin embargo, los nubarrones de la revuelta religiosa pronto regresaron.

En la diócesis de Huejutla, las primeras agrupaciones de A.C.M surgieron en 1931 pero solamente en algunas parroquias, debido a la persistencia de la persecución de catequistas y sacerdotes en varias poblaciones, a pesar de los acuerdos de pacificación. Con todo, las parroquias locales celebraron efusivamente las Fiestas del IV Centenario Guadalupano, que incluyeron la primera peregrinación, con aproximadamente 450 fieles, de la ciudad de Huejutla a la Villa de Guadalupe. Un año después, los habitantes del municipio de Xochiatipan fundaron la Asociación de Nuestra Señora de Guadalupe y la catequesis parroquial bajo la dirección del presbítero Arturo Arellano. El discurso inaugural del clérigo expresa, entrelíneas, que la división entre las autoridades y la iglesia todavía estaba fresca al interior de los pueblos de la Huasteca:

Debe existir esta asociación porque en tan dulce nombre se logró la conversión y evangelización milagrosa de la raza indígena; ella pues (la virgen) ha sido la catequista aborígena (*sic*) y secular de nuestro idolatrado suelo; ella fue el lábaro que los padres de la patria enarbolaban para iniciar y continuar nuestra emancipación, y ella, la que arrebató la voluntad del pueblo mexicano para luchar hasta la muerte y conseguir el sublime objetivo que se entraña en esta divisa divina: “Dios, Patria y Libertad”.⁵⁴

Sin duda, la reconciliación plena aún estaba muy lejana. Precisamente, durante los festejos religiosos en la Villa de Guadalupe, en la ciudad de México, los católicos habían

⁵² Torres Septién, Valentina, “*Guanajuato y la resistencia católica en el siglo XX*,” inédito, 2008, p. 2.

⁵³ Aguilera, p. 146.

⁵⁴ La primera mesa directiva estaba integrada por 13 catequistas mestizos a los que se incorporaron después 33 hombres y 57 mujeres, quienes “probablemente eran indígenas de la cabecera”. En “Acta Inaugural, 1933”, APX, Libro No. 1 de la Asociación de Nuestra Señora de Guadalupe y de la Catequesis Parroquial de la Iglesia de Santa Catarina Xochiatipan, fs. 37-37v, citado en Carrera Quezada, Sergio, *A son de campana. La fragua de Xochiatipan*, México, CIESAS-El Colegio de San Luis-Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2007, p. 306.

manifestado un “fanatismo desbordado”, según la opinión del presidente Pascual Ortiz Rubio y, en represalia, decretó la reducción del número de sacerdotes en la capital del país. Esta medida del gobierno provocó, de nuevo, otra rebelión cristera conocida como *La segunda*, entre 1932 y 1934. Sin embargo, a diferencia del primer levantamiento, las autoridades eclesiásticas desde un inicio condenaron a los participantes y a todo aquél que les brindara apoyo de cualquier género a los combatientes. Si bien en el estado de Hidalgo no hubo enfrentamientos armados con el ejército federal, la persecución en contra de los sacerdotes y fieles católicos, que no había desaparecido del todo durante la tregua de 1929, tomó nuevos bríos.

Siguiendo los dictados del Vaticano, los obispos reunidos durante los festejos guadalupanos acordaron fortalecer la estructura de *Acción Católica*. Luis Beltrán Mendoza fue nombrado presidente de la Junta Central Diocesana, el órgano directivo más importante de la asociación, y, junto con el resto de los dirigentes nacionales, organizó una serie de visitas pastorales a las distintas diócesis de México para promover la creación de filiales de A.C.M. Significativamente, una de las primeras diócesis que visitaron los líderes nacionales de Acción Católica, a solicitud expresa del obispo Manríquez, fue la de Huejutla. En diciembre de 1934, Darío Miranda, acompañado de Sofía del Valle, Presidenta General de la Juventud Católica Femenina Mexicana, Luis Beltrán Mendoza, Presidente de la Acción Católica Mexicana, Octavio Elizalde, de la Asociación Nacional de Padres de Familia, Guadalupe Gutiérrez de Velasco, Jefe de la redacción de la revista *Juventud*, Raúl Velasco Zimbrón y Enrique Gómez, miembros del Comité Diocesano de Acción Católica, llevaron a cabo la primera Asamblea Plenaria de A.C.M en la cabecera municipal de Huejutla.⁵⁵

Todo el contingente católico salió de la ciudad de México por la única vía que había entonces para llegar a la diócesis: la carretera México-Ixmiquilpan-Zimapán-Tamazunchale. Al arribar a la Huasteca potosina, los viajeros continuaron su camino a caballo hasta la porción hidalguense, donde los recibieron los líderes locales de Acción Católica y cientos de catequistas indígenas que habían recibido la primera instrucción religiosa durante el obispado de Manríquez. En su travesía, los recién llegados quedaron impresionados por los paisajes montañosos y verde esmeralda de la sierra hidalguense, pero, principalmente, por las condiciones de vida de la población. De esta visita, Miranda

⁵⁵ Aguilera, p. 299.

recuerda que fue como “un viaje a otra época, a otra sociedad alejada de la civilización y la sociedad moderna”:

Al llegar a Tamazunchale, nos despojamos de nuestras ropas citadinas, pusimos un paréntesis breve a las inquietudes que la civilización nos da. Y en caballo de paso firme emprendimos nuestra primera jornada internándonos en el corazón de la Huasteca. La cariñosa acogida del Señor Don José Amador, Presidente de la Junta Diocesana en Huejutla y su esposa, nos hizo sentir desde el primer momento que estábamos entre hermanos.

Por la noche descansamos en San Felipe (Orizatlán) para proseguir al día siguiente. Ya cerca de Huejutla, a dos leguas y media, una cincuentena de jinetes, señoritas y jóvenes de la Juventud Católica Femenina Mexicana y de la Acción Católica Juvenil Mexicana nos dieron entusiasta bienvenida.

Huejutla, de calles amplias y empedradas, tenía todo el encanto de un pueblo donde las lacras de la civilización y el vivir vertiginoso de la Ciudad no han logrado llegar. La hospitalidad y finezas de que fuimos objeto las guardamos con hondo cariño y gratitud. Los inditos que se acercaban como si fuera su propio Obispo, uno a uno se hincaban y pedían la bendición y daban (*sic*) quien un huevo, un poco de maíz o un centavo o un ramo de flores. ¡Qué fe en aquellos rostros ingenuos, qué amor al recordar al Obispo ausente, qué reverencia para el Sacerdote! (...) Ingenuos como niños, pero profundamente agradecidos, los indígenas nos obsequiaron con una fiesta en el pueblo donde también se llevó a cabo una kermés para ellos, patrocinada por los centros catequísticos de Huejutla. Es difícil valorar lo que significaba para esos fieles, en medio de la persecución, el esfuerzo y el gran sentido apostólico que ponían en una tarea evangelizadora.⁵⁶

A las pocas horas del arribo de la comitiva católica, llegaron pequeños grupos de Xilitla, Chapulhuacán, Tlaltoyuca, Tamazunchale y de otros lugares de la serranía o la hondonada que “Venían, de muy lejos, tan lejos que habían tenido que hacer largas jornadas, por varios días a caballo, o a pie, sorteando peligros, alimentándose pobremente, bajo un sol ardoroso durante el día o soportando un frío intenso de la noche”⁵⁷; al día siguiente se presentaron las delegaciones indígenas más numerosas a darle la bienvenida a los representantes del Obispo exiliado. Luego de varias danzas indígenas, se organizó una convención con las cuatro agrupaciones de A.C.M para elaborar un plan de trabajo conjunto. Después, cada una de las organizaciones católicas celebró una asamblea particular. Al término de las asambleas, toda la comitiva emprendió su regreso a la capital del país. Aparentemente, los catequistas continuaron sus labores en la cabecera municipal de Huejutla, pero, debido a la escasez de sacerdotes y a las hostilidades del gobierno local,

⁵⁶ *Ibid.*, p. 300.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 301.

en otras parroquias de la jurisdicción eclesiástica no hubo avance de los compromisos adquiridos durante la Asamblea Plenaria.⁵⁸

Aunado a estas dificultades, en 1935 el gobierno cardenista estableció la obligatoriedad de la “educación socialista” en las escuelas primarias, secundarias y normales de todo el país. La jerarquía católica nuevamente manifestó su rechazo a la modificación al artículo 3º y prohibió a los padres de familia que enviaran a sus hijos a las escuelas oficiales. Un gran número de colegios católicos del país cerraron sus puertas y los que permanecieron abiertos frecuentemente eran vigilados por las autoridades; los inspectores de educación primaria arrestaban a los profesores o clausuraban por cualquier pretexto los centros educativos católicos. Estas acciones se repitieron en otros estados del país, por lo tanto, la jerarquía y los fieles católicos fortalecieron su tesis de que el gobierno mexicano intentaba destruir la religión católica, pues ahora también se negaba el derecho de los padres de familia a educar a sus hijos.⁵⁹

Aunque la Escuela Normal de Huejutla formalmente no era religiosa, el haber sido fundada por el obispo y dirigida por un profesor católico causó recelo entre los funcionarios del gobierno local; además, debido a que las autoridades educativas obligaron a los profesores a prestar juramento público a la educación socialista, Velázquez y otros maestros de la zona se rehusaron a cumplir el mandamiento oficial. Seguramente por esta razón la institución educativa clausuró sus instalaciones a mediados de 1935, a pesar de los ruegos de los padres de familia y de los estudiantes, poco antes de que finalizara el año escolar. Unos cuantos alumnos se fueron a Pachuca a concluir sus estudios en la Escuela Normal Benito Juárez, que dependía del Instituto Científico y Literario del Estado de Hidalgo, la mayoría no siguió estudiando.⁶⁰

Un gran número de parroquias ubicadas en los estados de Hidalgo, Puebla y Veracruz fueron abandonadas y únicamente tres iglesias de San Luis Potosí mantuvieron el culto algunos meses más. Ante el recrudecimiento de la política anticlerical, los catequistas eran “tenazmente perseguidos” por las autoridades locales y por los “maestrillos rurales”

⁵⁸ AHAM, Fondo Darío Miranda, 135, foja 2. Porfirio Valdés, “Reseña de las actividades catequísticas en la Diócesis de Huejutla, Hgo., 1923-1940”, 4 de agosto de 1940.

⁵⁹ Torres Septién, p. 26.

⁶⁰ Página web: www.comie.org.mx/congreso/memoria/v9/ponencias/at09/PRE1177698825.pdf, pp. 7-8.

que tenían la consigna de eliminar toda actividad religiosa.⁶¹ Para prevenirlos de la propaganda anticatólica, el sacerdote de la Catedral de Huejutla hizo circular entre los clérigos de la diócesis un boletín del inspector federal de educación, donde se incitaba a los maestros a erradicar el fanatismo religioso. El párrafo que alertó al cura era el siguiente:

El maestro cobarde que no lleve a cabo la campaña de desfanatización ni secunde los fines de la Revolución que presente su renuncia en el término de 10 días.- Urge acabar para siempre con el fanatismo, por tanto hostilizará Ud. por todos los medios posibles a los propagandistas del fanatismo –catequistas– y evitará que los indígenas sigan siendo víctimas de los llamados representantes de Dios, los cuales por trazar sobre la cabeza un garabato cobran veinticinco centavos (...) Intervenga en todas las funciones sociales de la vida de la fracción [*sic*] que se le ha encomendado a fin de que controle las operaciones religiosas y burguesas; para lo cual se presentará a los ocho días de haber recibido la presente orden a fin de entregarle con una arma la credencial que lo autoriza a portarla para la defensa...”⁶²

Con todo, A.C.M. alentó a los catequistas indígenas a seguir trabajando en las rancherías del municipio, “a despecho de los espías socialistas que adueñados de la escuela rural hacían sus observaciones de los pobres naturales y sus prácticas”. Es probable que el proselitismo religioso de la agrupación haya sido la causa de la expulsión de José Amador, Presidente de la Comisión de Instrucción Religiosa en Huejutla, en febrero de 1935, pues un cura de la Parroquia afirmó que el exilio del líder católico fue “por razones reservadas al gobierno local”. No hay muchos datos sobre este dirigente, pero es importante señalar que su esposa, Paula Manríquez, era hermana del obispo exiliado y su hijo fue alumno del seminario fundado por este clérigo en 1923. De acuerdo a Schryer, la familia Amador era una de las familias propietarias más importantes de Jaltocán y fue la principal promotora de la creación de este municipio en 1936 (con una porción del municipio de Huejutla); además, los Amador eran adversarios políticos del general revolucionario, Juvencio Nochebuena, uno de los caciques más importantes de la región.

José Amador se marchó con su familia al municipio vecino de Tamazunchale, en la Huasteca potosina, no obstante, mantuvo correspondencia durante varios años con los catequistas de Huejutla a quienes exhortaba “a permanecer firmes en la religión de todos

⁶¹ AHAM, Fondo Darío Miranda, Expediente 135, s/f, Porfirio Valdés, “Reseña de las actividades catequísticas en la Diócesis de Huejutla, Hgo., 1923-1940”, 4 de agosto de 1940, p. 3.

⁶² AHAM, Fondo Darío Miranda, Expediente 135, s/f, Porfirio Valdés, “Reseña de las actividades catequísticas en la Diócesis de Huejutla, Hgo., 1923-1940”, 4 de agosto de 1940, pp. 4-5

los católicos”.⁶³ Desde esta localidad, coordinó con muchos apuros las tareas de Acción Católica en la región, ayudó a los sacerdotes y profesores que huían de las autoridades municipales por su oposición a la legislación religiosa y educativa; y viajó algunas veces a San Antonio, Texas, donde visitó al obispo Manríquez y, quizás, a los rebeldes católicos.⁶⁴ A pesar del hostigamiento de las autoridades locales, en 1936, el líder católico también recorrió los pueblos de la sierra de Hidalgo, para alentar el trabajo de los centros catequísticos indígenas e informar a la Junta Central de A.C.M. A pesar del acoso del gobierno, Amador afirmó que había un gran entusiasmo de la población por los preparativos de la cuarta peregrinación a la Villa de Guadalupe.⁶⁵

En el segundo episodio de la rebelión cristera, Darío Miranda fue encarcelado por algunas horas y luego se marchó a los Estados Unidos, donde permaneció hasta mayo de 1937.⁶⁶ Durante su estancia en el vecino país del norte, vivió en seminarios de la costa este e impartió conferencias en universidades católicas de Baltimore, Boston y Washington, y mantuvo contacto con los obispos Ruiz y Flores y Manríquez. Según Miranda, él y el delegado apostólico fueron perseguidos y amenazados de muerte por agentes del ex gobernador de Tabasco, Tomás Garrido Canbal, al otro lado de la frontera.

Sin embargo, a los pocos meses de esta amenaza pudo regresar a México, pero antes Manríquez le solicitó nuevamente visitar a los feligreses de su diócesis y transmitir sus mensajes para prevenirlos de las políticas socialistas del gobierno posrevolucionario. Desde su exilio, el obispo de Huejutla recomendó a los catequistas indígenas que evitaran “las acechanzas y ataques de los propagandistas y maestros socialistas” y que “no atendieran a ninguno que no fuera de la Iglesia ni catequista” ni mucho menos “hablaran palabras con gentes desconocidas”.⁶⁷

⁶³ AHAM, Fondo Darío Miranda, Expediente 135, s/f, Porfirio Valdés, “Reseña de las actividades catequísticas en la Diócesis de Huejutla, Hgo., 1923-1940”, 4 de agosto de 1940, p. 5.

⁶⁴ Archivo Histórico de Acción Católica Mexicana (AHACM), Universidad Iberoamericana, Caja 2.10 Junta Diocesana de Huejutla, Hidalgo. El 10 de enero de 1936, Amador le solicita a Luis G. Bustos, presidente de la organización, ayuda para que el profesor Florencio Montaña consiga algunas clases particulares en la ciudad de México, desempleado a causa de “la imposibilidad moral en que se encuentra de aceptar trabajo dentro del plan socialista del Gobierno”.

⁶⁵ AHACM, Carta de José Amador a Luis G. Bustos, Tamazunchale, San Luis Potosí, 27 de mayo de 1936.

⁶⁶ Aguilera, p.147.

⁶⁷ AHAM, Fondo Darío Miranda, 135, s/f, Porfirio Valdés, “Reseña de las actividades catequísticas en la Diócesis de Huejutla, Hgo., 1923-1940”, en, 4 de agosto de 1940, p. 4.

Acción Católica se hizo cargo de las recomendaciones de Manríquez, por lo tanto, el comité central de la J.C.F.M apoyó a su filial en Huejutla con catecismo, medallas, estampas y otros “regalos” para premiar a los que asistían a los centros de catequesis. Por cada asistencia al catecismo, los habitantes recibían un boleto que luego canjeaban en la parroquia por uno de los regalos que donaba Acción Católica; el número de boletos repartidos, así como la cantidad de centros catequísticos y de primeras comuniones medían el desempeño de cada diócesis en el país.. En este año, la jurisdicción eclesiástica reportó a la Junta Central Diocesana que existían 152 centros rurales de catecismo, 42 nuevos centros, 70 000 asistencias a la doctrina de indígenas, adultos y niños, y 595 catequistas y ayudantes.⁶⁸

Las Parroquias de San Felipe Orizatlán, Chapulhuacán y Xilitla reportaron el establecimiento de centros rurales de catequesis, especialmente en esta última, donde se crearon 30 nuevos centros, debido a que “la agresividad del enemigo se atenuó notablemente”; pero, en otras localidades “los sacerdotes no pudieron ni siquiera a salto de mata atender las necesidades de los pobres fieles, menos pudieron restablecer los centros de Catecismo”. En Tamazunchale tampoco había culto religioso regular, los grupos catequísticos dirigidos por José Amador se reunían a veces cada dos meses y la Comisión Diocesana no estaba debidamente constituida. A pesar de estos problemas, reportó que además del catecismo que recibían los niños y adultos “de habla castellana”, había más de un centenar de centros catequísticos indígenas: 43 huastecos, 78 mexicanos, 5 totonacos y 3 otomíes. La asistencia mensual a la doctrina religiosa alcanzó la cifra de 54 100.⁶⁹

En 1937, la situación también era difícil para la Parroquia de Tlanchinol, pues desaparecieron la mayor parte de los centros catequísticos, debido a un “ambiente de cobardía pues no hay quien quiera explicar el catecismo”; lo mismo sucedió en Calnali “por la labor persecutoria de Autoridades Municipales y Maestros Federales, a Párrocos y Catequistas (y porque) instalan juegos en los lugares y hora de la enseñanza de la Doctrina”; igualmente, en Lolotla, el comité agrario de Chiquitla y las autoridades municipales hostilizaban a los catequistas.

⁶⁸ *Ibid.*

⁶⁹ AHACM, Caja 2.10 Junta Diocesana de Huejutla, Hidalgo Carta de José Amador a la Junta Central Diocesana, 26 de junio de 1937.

Ciertamente, la persecución del gobierno orilló a los catequistas a interrumpir la enseñanza cristiana, pero también influía la “indiferencia y hasta oposición de los Padres de familia” hacia las agrupaciones católicas. El mismo ambiente anticlerical predominó en Metlaltoyuca, Hidalgo, donde no había templo parroquial y sólo una socia de la U.F.C.M – una profesora que renunció cuando se implantó la educación socialista- atendía el catecismo; en Tempoal, Veracruz, se informaba que “no ha sido posible que disminuya la asistencia a los planteles escolares, donde desgraciadamente se está enseñando un socialismo rabiosamente antirreligioso”. El caso más relevante, según Valdés, era el municipio de Xochicoatlán “debido a las circunstancias especiales de esta Parroquia”, por lo que recomendó circular entre los feligreses de la parroquia la instrucción pastoral de Manríquez titulada “*El Socialismo*”.⁷⁰

No es difícil imaginar que la situación especial a la que aludía el sacerdote era la presencia de agraristas y maestros ‘socialistas’ que provenían de otras zonas del estado e incluso del país, quienes representaban, a juicio de los católicos, a un gobierno bolchevique y ‘socializante’. Para Manríquez, igual que para la mayoría de los jefes católicos, en México se estaba implantando el socialismo, y, poco a poco, el gobierno de la revolución estaba conduciendo al pueblo mexicano hacia el comunismo. Durante el cardenismo, se había acelerado dicho proceso, pues “En la actualidad ya se habla sin reticencias, y con un cinismo inconcebible, de implantar la instrucción comunista en las escuelas; y se dice que el año entrante, quiera o no quiera el pueblo, y a pesar de todas las resistencias, se irán socializando la escuela, el campo, la industria y todas las instituciones...”⁷¹

Precisamente, Manríquez escribió un libro titulado *El socialismo* (1936), para que “los católicos mexicanos conocieran a fondo este funestísimo [*sic*] sistema antisocial, y de este modo se movieran más eficazmente a emplear los medios o remedios para librarse de esta contagiosa epidemia”.⁷² Todos los católicos tenían el deber no sólo de oponerse a dicho sistema, sino también el de destruirlo porque el objetivo del socialismo era “la destrucción de la Religión Cristiana y de la sociedad que la ampara”. A juicio del obispo, la Iglesia Católica mexicana se había vuelto débil y ‘acomodatícia’, por lo tanto, los padres de

⁷⁰ AHAM, Fondo Darío Miranda, 135, foja 9. Porfirio Valdés, “Reseña de las actividades catequísticas en la Diócesis de Huejutla, Hgo., 1923-1940”, 4 de agosto de 1940

⁷¹ Manríquez y Zárate, José de Jesús, *El socialismo*, México, Ediciones Pagf, 1936, pp. 2-3.

⁷² *Ibid.*, p. 153.

familia eran los principales responsables de la educación religiosa de sus hijos, de aquí la importancia de fomentar las ‘antiguas tradiciones’ que fortalecieran la unidad católica familiar. El renacimiento religioso centrado en la familia era la principal arma para derrotar la conspiración de “sectas judaico-masónicas” que alentaban “el cine, el teatro, el baile, la novela, la pornografía y todo aquello que tiende a corromper (pues) Su fin no es solamente la perversión de las costumbres, sino también el arrancar la fe de Jesucristo del seno de las almas”.⁷³

Como la familia era el ‘ariete’ contra la muralla socialista, Manríquez recomendó a los católicos inscribirse en las cuatro ramas de *Acción Católica Mexicana* y ejercer un catolicismo ‘militante’ capaz de enfrentarse al “ejército del mal”, pues el miedo y la cobardía habían sido causa del avance socialista. Asimismo, los conminó a que no se apegaran demasiado a los “bienes terrenales”, ya que en el Socialismo, al igual que en “todos los sistemas políticos de actualidad”, la cuestión económica estaba por encima del problema de la justicia, el “verdadero y primer problema del cual debían ocuparse los gobiernos”.

Aunque la sociedad resolviera todas sus necesidades materiales, ésta no podría subsistir sin la honradez y la buena fe: “Luego lo primero es lo espiritual, aun dentro del mismo orden temporal de la sociedad”. En esta lógica, la encíclica *Rerum Novarum* era la alternativa católica al socialismo, pues la organización corporativa de los trabajadores, bajo la tutela moral de la Iglesia, constituía otro medio importante para lograr mejores condiciones de vida de la clase proletaria en México.⁷⁴

Respecto al “problema agrario”, el obispo mexicano consideraba que era el más importante del país ya que “la base de toda economía es la Agricultura y toda organización debe tenerla muy en cuenta”. Es interesante anotar que su recomendación para salir del atraso agrícola fue crear asociaciones de trabajadores campesinos y de hacendados, era semejante al proyecto corporativista que llevó a cabo el gobierno cardenista en estos años; pero, se distinguía de éste porque criticaba el papel negativo del liderazgo gubernamental,

⁷³ *Ibid.*, p. 157. La teoría de un complot judío y masón anticatólico no era nueva al interior de la Iglesia católica. Existen antecedentes desde la época de la revolución francesa, pero durante la década de los treinta renacieron los temores debido a la mezcla de dos eventos: la mayor ola de intolerancia anticatólica norteamericana y la política anticlerical del gobierno mexicano. Véase Meyer, 2008, pp. 251 y Richard Hofstadter, *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1996 (traducción inédita de Arturo Grunstein), pp. 1-11.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 158-164.

pues los “líderes agraristas y políticos sólo buscan la propia conveniencia y casi no toman en cuenta el bien de los agricultores (en México) *El agrarismo político ha desfigurado totalmente la cuestión agraria, ha destruido las haciendas en fruto y ha dejado a los campesinos sumidos en mayor miseria que antes*” (cursivas mías). En su opinión, la libre asociación de los productores del campo no excluía la intervención del gobierno, siempre y cuando éste respetara los “límites que le señala la ley natural”.

Por consiguiente, nosotros no reprobamos el reparto de tierras en sí mismo, sino la forma y modo como se ha realizado. Efectivamente: eso de dividir sistemáticamente todas las haciendas sin distinción ni la debida compensación, es un verdadero latrocinio. Los campesinos no pueden labrar su felicidad sobre un robo; porque, aparte de que esto compromete a su conciencia, no les traerá en modo alguno las bendiciones de Dios.⁷⁵

El jerarca católico criticó el reparto de todas las haciendas, a excepción de las que pertenecían a los líderes revolucionarios, así como la división desigual de los latifundios entre los campesinos y el pago irrisorio con “bonos valederos hasta después de veinte años”. Para el obispo, una vez terminado el reparto agrario, lo conveniente era la creación de organizaciones campesinas regionales que buscaran el mejoramiento intelectual, moral y económico de los productores del campo; sobre todo, se debería cuidar la unión de los “pequeños propietarios de tierras”, pues ellos eran propiamente la “base económica de un pueblo”. Al igual que los sindicatos católicos, las agrupaciones campesinas regionales dependerían de un Secretariado Agrícola para recibir “orientaciones religiosas y morales”.

Por último, en un lenguaje rousseuniano, el obispo de Huejutla planteó el uso de la “misma fuerza bruta” para defender los valores cristianos. Si después de haber recurrido a todos los medios legales y pacíficos no se hubiera contenido al socialismo, entonces “los gobiernos y los pueblos pueden y deben resistir y combatirle aun por medio de la violencia”. Aunque luego matizó esta idea al aclarar que no necesariamente significaba la vía armada sino más bien “la resistencia pasiva y la defensa activa”.⁷⁶

En síntesis, ésta era la estrategia para derrotar al enemigo de la Iglesia Católica: “Porque, así como un cuerpo bien constituido y configurado, fuerte y vigoroso, triunfa fácilmente de todos los microbios y enfermedades, así un cuerpo social, bien organizado en

⁷⁵ *Ibid.*, p. 165.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 168-9.

todas sus clases, grados, jerarquías y órdenes sociales, nada tendría que temer del socialismo que es todo división y disolución social”.⁷⁷

Más que las recomendaciones del clérigo, fueron las nuevas condiciones políticas del país las que aminoraron la persecución de los católicos en la región, ya que el gobierno de Cárdenas estableció una relación más conciliatoria con la Iglesia católica a principios de 1937: devolvió templos, reanudó el culto religioso, decretó la amnistía para los rebeldes por motivos religiosos (febrero) y reinició el diálogo con el nuevo arzobispo de México, Luis María y Martínez (abril).⁷⁸

En 1937, los reportes de las parroquias de Huejutla y Tamazunchale eran más optimistas pues señalaban que “Las dificultades que encontraban los catequistas para el desempeño de su misión, salvo raras excepciones, han desaparecido en el curso de este año”. En Tamazunchale, se llevó a cabo la Primera Jornada Catequística Diocesana de A.C.M. y la asistencia de la población a la doctrina religiosa aumentaba paulatinamente. Del total de las 27 parroquias, cinco reportaron algunas actividades pero no enviaron reportes a la Diócesis (Xochiatipan, Pisaflores, Huautla, Huazalingo y Zontecomatlán) y otras seis mencionaron que no había nada que informar (Yahualica, Lolotla, Tepehuacán, Ixhuatlán, Ilamatlán y Chicontepec).⁷⁹

A mediados de ese año, Miranda regresó de su exilio y a fines de diciembre fue designado Obispo de Tulancingo. Después, el 25 de enero de 1938 fue nombrado obispo de Tulancingo y la Diócesis de Huejutla quedó bajo su responsabilidad, en ausencia del obispo exiliado. El Presidente de Acción Católica, Luis Bustos, los líderes de las cuatro ramas de la agrupación religiosa y una comisión de sacerdotes y seglares, fueron invitados a la ceremonia de consagración del nuevo obispo. Luego de la emotiva ceremonia en la Catedral, Miranda se enfrentó a la ‘cruda realidad’ de su diócesis, idéntica, o mejor dicho, peor a la que había descrito Manríquez quince años antes:

⁷⁷ *Ibid.*, p. 167.

⁷⁸ El Arzobispo de México, Luis María y Martínez quien apoyó con más ahínco las labores de Acción Católica, de la cual era Director Pontificio, fue adjetivado como el arzobispo ‘pacificador’ por los propios sacerdotes mexicanos, por su esfuerzo de conciliación con el gobierno mexicano y con las huestes cristeras. Había una estrecha relación con Lázaro Cárdenas desde que éste fue gobernador de Michoacán y Martínez era Obispo Auxiliar en el mismo estado. “Testimonios irrecusables establecen que muy seguido el Gobernador iba a entrevistarse con el sacerdote acerca de problemas suscitados por la política en materia religiosa. Esas entrevistas tenían lugar, siempre, entre las 11 de la noche y las 1:30 de la mañana”.

⁷⁹ AHAM, Fondo Darío Miranda, 135, s/f. Porfirio Valdés, “Reseña de las actividades catequísticas en la Diócesis de Huejutla, Hgo., 1923-1940”, 4 de agosto de 1940, pp. 6-13

...a la misa que celebré a las ocho de la mañana, sólo asistió una ancianita y su perrito. Tristemente los años en que la Diócesis estuvo sin Pastor, la persecución, la escuela antirreligiosa y sobre todo la influencia del liberalismo jacobino en la gente del Gobierno, habían creado un clima de indiferencia religiosa y de hostilidad hacia la Iglesia. A lo anterior había que añadir que el escaso clero de la Diócesis, entrado ya en años se encontraba agobiado por el cansancio y frecuentemente por la enfermedad... Como Tulancingo había olvidado ya lo que era un Obispo, por principio de cuentas, no fue fácil rentar una casa: la gente temía represalias del gobierno anticlerical (...) en las familias y en la sociedad reinaba una gran desconfianza y aun hostilidad hacia el sacerdote. Esto se respiraba especialmente en los ambientes de los maestros, de los comerciantes y, por lo general, de los profesionistas.⁸⁰

Para conocer la situación general de la Diócesis, Miranda solicitó a los sacerdotes que contestaran un cuestionario sobre el número de parroquias, los santos titulares y el número de habitantes por parroquia. El balance final reportó que había 39 Parroquias, 40 sacerdotes, la mayoría de edad avanzada, y 400 257 fieles. En promedio había diez mil fieles por sacerdote.⁸¹ Más adelante, la Jornada Diocesana de Acción Católica que se llevó a cabo en el obispado rindió su propio informe: 237 centros de catecismo en las rancherías, 14 centros en las cabeceras parroquiales, 67 nuevos centros, 554 catequistas huastecos, nahuas, totonacos, 130 inspectores de zona y generales, 63 500 promedio de asistencia mensual “y marcada tendencia a aumentar”. Únicamente en cuatro parroquias “se ejercía con libertad el Ministerio Sacerdotal”. No obstante estos logros, las quejas eran semejantes a las de una década anterior, pues se reportó que había un “número ingente de naturales que viven alejados de la civilización”, una gran indiferencia de la ‘gente sin razón’, “la plaga de maestrillos socialistas y sobre todo la apatía y la indolencia tan comunes entre las gentes del clima tropical”. Este documento también mencionó una campaña contra los protestantes de la zona “que tuvo como resultado recoger centenares de folletos y biblias”.⁸²

4. Renuncia del obispo ‘intransigente’. ¿Reconciliación o acomodo?

El 7 de julio de 1939, Manríquez, todavía en el exilio, tuvo que renunciar al obispado porque el gobierno mexicano le tenía prohibido regresar al país a causa de sus polémicas publicaciones y debido al nuevo trato pacificador de la jerarquía católica con el gobierno

⁸⁰ Aguilera, p. 169 y 172.

⁸¹ *Ibid.*, p. 171.

⁸² AHAM, Fondo Darío Miranda, 135, s/f. Porfirio Valdés, “Reseña de las actividades catequísticas en la Diócesis de Huejutla, Hgo., 1923-1940”, 4 de agosto de 1940, p. 14.

cardenista. El obispo de Tulancingo nombró a Miguel Alba, un sacerdote de Guadalajara, Vicario General de la diócesis de Huejutla y a Manuel Gómez, secretario del presbítero. Éste clérigo estableció su lugar de residencia en Tamazunchale, el ‘cuartel general’ de los católicos de la Huasteca en los años cuarenta.

Miranda visitó por segunda ocasión las parroquias de la región a finales de este año y pidió solicitó otra vez un informe a los párrocos de la diócesis de Huejutla sobre las principales dificultades de su labor religiosa. Todos los curas respondieron que el problema más grave era la ignorancia religiosa, debido al “aislamiento” en que vivía la mayor parte de la población indígena y por la larga persecución que habían sufrido los catequistas que llevaba más de una década.

También expresaron que persistía la escasez de sacerdotes y que la edad avanzada de varios de ellos que les impedía visitar las parroquias de la diócesis. Por tal motivo, Miranda estableció un Seminario en Aquismón, situado al norte de Huejutla, en San Luis Potosí, debido a que era el lugar más apropiado, “por las comunicaciones y el clima”. La diversidad de idiomas indígenas era otro obstáculo para las tareas de la Iglesia local. Este problema se atendió con la redacción de un catecismo breve para el uso de los catequistas de la Diócesis de Huejutla.⁸³ Además, se nombró a un inspector regional para coordinar a los centros de catequesis rurales que funcionaban regularmente en la zona. Al respecto, Miranda comentó “No me cansaré de repetir que la catequesis en la Diócesis de Huejutla tenía características especiales por la participación activa de los catequistas indígenas, que se habían multiplicado sorpresivamente...Algunos catequistas enseñaban el catecismo bajo la sombra de los tamarindos...y otros iban de pueblo en pueblo, evangelizando y mostrando su gran entereza en su misión de apóstoles seculares en una tierra de misión...Fue una obra tan bien organizada que logró una asistencia de 57,000 niños cada semana.”⁸⁴

Las parroquias de la Huasteca veracruzana, Tempoal, Chiconamel y Tantoyuca atendieron la visita de misiones pastorales y en esta última se llevó a cabo una Asamblea Catequística. A pesar del establecimiento de un mayor número de centros de doctrina religiosa en los poblados de la Diócesis, Porfirio Valdés, el sacerdote encargado del catecismo, se quejaba de la falta de colaboradores para integrar la Comisión Diocesana en

⁸³ *Ibid.*, p. 15.

⁸⁴ Aguilera, p. 306.

Huejutla, “pues con la ausencia definitiva del Sr. José Amador y de su familia quedaron las obras sin dirigentes puesto que no ha sido aún posible sustituirlas, se trabajó mucho y con ardor, pero se descuidó la preparación completa y profunda de los catequistas, se hizo labor extensa a favor de los indígenas pero no se realizaron las conclusiones de las Jornadas y Asambleas”.⁸⁵

Paradójicamente, la afiliación de la población mestiza y indígena aumentó en los años de persecución religiosa, pero ésta había provocado la ausencia intermitente o definitiva de los pocos clérigos de la diócesis, así como la de los dirigentes de Acción Católica, por tal motivo, era frecuente la demanda de sacerdotes para que atendieran a los feligreses. Así, el 18 de abril de 1940, María de Jesús Sánchez, Presidenta de los Vasallos de Cristo Rey, solicitó al obispo de Tulancingo, el envío de un sacerdote a Huejutla, “teniendo en cuenta las muchas necesidades espirituales que hay por estos lugares. Pues tan sólo Vasallos de Cristo Rey son mil setecientos setenta socios sin contar las demás asociaciones fundadas en esta Parroquia”.⁸⁶

Por otro lado, en la parroquia de Chicontepec, la población estaba dividida por la repentina conversión del carnicero del pueblo en sacerdote cismático; aprovechando la visita del obispo Miranda, el cura católico Alcántara, misionero josefino encargado del templo, regresó al municipio acompañado del jerarca de la Iglesia. Los partidarios del sacerdote católico eran los hombres del pueblo, mientras que las mujeres apoyaban al ministro ‘hereje’, aparentemente porque éste no cobraba cuotas por administrar los sacramentos. De acuerdo a las declaraciones de la facción masculina, el ministro cismático era nada menos que el carnicero del pueblo quien repentinamente se había convertido en sacerdote con el pretexto de que los curas católicos cobraban ‘indebidamente’ por realizar bautismos, comuniones, bodas, etc.⁸⁷ En abril de 1940, el cura Alcántara y sus partidarios expulsaron a su opositor, pero las autoridades locales de Chicontepec y el grupo de mujeres siguieron apoyando al carnicero convertido en sacerdote y no cesaron de provocar al presbítero católico. Finalmente, los habitantes del municipio solicitaron el regreso del

⁸⁵ AHAM, Fondo Darío Miranda, 135, s/f., Porfirio Valdés, “Reseña de las actividades catequísticas en la Diócesis de Huejutla, Hgo., 1923-1940”, 4 de agosto de 1940. p. 15

⁸⁶ AHAM, Fondo Darío Miranda, 135, s/f., Carta de la Sra. María de Jesús Sánchez al obispo de Tulancingo, Darío Miranda”, Huejutla, Hidalgo, 18 de abril de 1940.

⁸⁷ Aguilera., p. 307.

cura que había oficiado antes de Alcántara, el padre Sanagustín Barragán, para que se hiciera cargo de la parroquia y le diera “mate a los disidentes”.

En la Huasteca potosina hubo presiones de las autoridades locales en contra del seminario establecido en Aquismón. A mediados de 1940, el cura de la parroquia de Tamazunchale, Manuel Gómez, le comunicó al obispo Miranda que el jefe de armas de la localidad “comienza ya a molestar y tiene la intención de redimir a su pueblo (pues) ya dió pitazo (*sic*) a San Luis (Potosí) y de allí ya le reclamaron al presidente (municipal) que cómo es que funciona un seminario en Aquismón sin ninguna autorización”; el mismo sacerdote le sugirió al obispo trasladar el seminario a la localidad vecina de Chapulhuacán, en el estado de Hidalgo, pues ahí se podía contar con la ayuda de “gente que verdaderamente vale”, y porque sería más fácil aprovechar la reapertura de la parroquia para hacer pasar a los seminaristas como ‘acompañantes’ de los sacerdotes.⁸⁸

Aunque los problemas reseñados por los curas de la diócesis no se resolvieron en lo inmediato, el antagonismo entre la jerarquía católica y las autoridades estatales desapareció paulatinamente durante el obispado de Darío Miranda en Tulancingo, en parte, a causa de la política de Unidad Nacional del presidente Ávila Camacho y, en parte, debido a que el sector moderado de la Iglesia estaba decidido a lograr la pacificación total de las huestes católicas, en aras de fortalecer la ruta de A.C.M. La experiencia “diplomática” acumulada por los clérigos de este sector a lo largo de más de quince años, fue un capital político valioso para cerrar este capítulo.

Aun cuando todavía “se respiraban aires de persecución” en la Huasteca, desde el comienzo de su obispado, Miranda intentó establecer “puentes de entendimiento” con el gobierno anticlerical de Javier Rojo Gómez; si bien éste se mostró renuente al llamado del jerarca católico, en los años siguientes mantuvieron “una serie de entrevistas que a la postre se convertirían en un verdadero diálogo a favor del pueblo”.⁸⁹ En 1940, Miranda concluyó sus labores como encargado de la diócesis de Huejutla al designar al sacerdote tapatío Manuel Yerena y Camarena, obispo de la jurisdicción eclesiástica, quien también se hizo cargo de un nuevo seminario. Uno de los sacerdotes más viejos de Huejutla, Arturo Arellano, a manera de despedida, sintetizó los principales logros del obispado de Miranda:

⁸⁸ AHAM, Fondo Darío Miranda, Caja 2, Legajo 6, “Carta del presbítero Manuel Gómez al Obispo de Tulancingo”, 8 de junio de 1940.

⁸⁹ *Ibid.*, 172.

la consolidación de la curia diocesana, la apertura de un seminario en Tulancingo y Huejutla y la expulsión de los cismáticos.⁹⁰

Tres años después, el gobierno mexicano aprobó el regreso de Manríquez y Zárate de su largo exilio en los Estados Unidos, pues ya no había nada que temer de un líder que, cansado y enfermo, ocupó solamente posiciones honoríficas dentro de la Iglesia mexicana, hasta el día de su muerte en 1951.

Algunas reflexiones finales (?)

Este avance de investigación todavía necesita explorar con más profundidad las relaciones complejas entre la Iglesia, el gobierno local y la población de la Huasteca hidalguense, pero, a reserva de los futuros hallazgos, podemos aventurar las siguientes reflexiones. La disputa por la dominación política durante la etapa posrevolucionaria implicó a las facciones revolucionarias locales, pero también a otras instituciones como la iglesia católica en sus distintos niveles jerárquicos y expresiones religiosas.

Si bien la historiografía regional subraya la fuerte tradición liberal de la élite local desde la época de la independencia y de la intervención francesa, ha quedado en el olvido cómo ocurrió específicamente el debilitamiento de la Iglesia católica después de la guerra de reforma y, sobre todo, por qué hubo un abandono de la diócesis de Huejutla durante el Porfiriato y después cobró tanta importancia para la jerarquía eclesiástica. Aparentemente, la ubicación geográfica de la diócesis de la Huasteca tenía un interés estratégico no solamente para el gobierno posrevolucionario, sino también para la Iglesia mexicana por ser un punto de avanzada en su reconquista de las “almas” indígenas. El abandono secular de la región por parte de los sacerdotes se intentó atender con la creación de una nueva diócesis, pero, a la reparación de este olvido se agregó la nueva orientación del catolicismo mexicano, que tuvo en el obispo Manríquez, uno de sus principales exponentes y en la diócesis de Huejutla, uno de los más importantes escenarios.

Sin embargo, al igual que el gobierno mexicano, la Iglesia católica también es una institución heterogénea en la que coexisten distintos intereses, prácticas y visiones. El protagonismo del obispo de Huejutla en el conflicto religioso, indudablemente influyó en el

⁹⁰ AHAM, Fondo Darío Miranda, “Carta del cura Arturo F. Arellano al Obispo de Tulancingo, Darío Miranda, para felicitarlo por sus logros en la Diócesis de Tulancingo y Huejutla”, 27 de junio de 1940.

encono de los presidentes mexicanos en contra de la jerarquía eclesiástica, pero también el liberalismo anticlerical del gobierno de Matías Rodríguez y Javier Rojo Gómez y, desde luego, de los líderes revolucionarios locales, como José Rivera y Juvencio Nochebuena. Estos dos políticos huastecos se enfrentaron a familias propietarias que eran parte de las facciones que lucharon por el poder local. Rivera era miembro de una de las familias terratenientes más importantes de Huejutla desde el siglo XIX, aunque sus tierras no eran un gran latifundio sí eran de las más productivas en la zona; Nochebuena, era originario del municipio de Atlapexco y labró su fortuna después de la revolución. Para asegurar su influencia política, Nochebuena y otros líderes locales no dudaron en forjar alianzas con los grupos indígenas, por eso, no podían permitir la competencia que representaba el obispado de Manríquez y el proyecto de Acción Católica (representado por José Amador).

Creo que el programa de esta asociación religiosa es el punto más relevante para mi investigación, porque a pesar de que sus propósitos eran esencialmente religiosos, la organización social que desarrollaron en los años treinta apuntaba al surgimiento de una *incipiente* ‘conciencia cívica’ de la población local, es decir, a la defensa articulada de sus derechos religiosos pero también de sus derechos ciudadanos. Pero, para cumplir esta meta era necesario una estructura sólida y un liderazgo claro de la agrupación, al parecer no hubo ni uno ni lo otro. El número de sacerdotes no aumentó considerablemente y los que permanecieron en la zona dedicaron casi todo su esfuerzo a la política de reconciliación, en la cual se trató de evitar a toda costa reencender las cenizas de una rebelión cristera, rehuendo la crítica abierta al gobierno. Lo que falta por aclarar es la relación, si la hay, entre los centros de catequesis rurales, los catequistas indígenas y la (des) movilización social (tierras, escuelas, voto libre, etc.).

Paradójicamente, la defensa radical de los obispos y líderes católicos de sus principios religiosos (Manríquez, Amador y Velázquez) provocó un mayor debilitamiento de la Iglesia en la Huasteca en el mediano plazo, por la persecución obstinada de las autoridades locales. El conflicto religioso en Huejutla fortaleció de esta manera la identidad anticlerical de la élite posrevolucionaria y, de cierto modo, el carácter intolerante de los gobiernos locales. Pero, la exclusión de los derechos religiosos afectó especialmente a la jerarquía eclesiástica y a las agrupaciones católicas más beligerantes. La puerta estaba abierta para aquellos católicos que estuvieran dispuestos a practicar su religión únicamente

en las iglesias y en sus hogares y, sobre todo, que reconocieran que el camino de la oposición política era demasiado costoso.

Nota: Quedó pendiente la revisión completa de dos archivos:

a) el de Félix Díaz, que incluye las actividades del obispo Manríquez, localizado en el Archivo Carso, antes Condumex. La consulta de este archivo no fue posible debido a que todavía se están clasificando los documentos. Sólo se me permitió revisar el catálogo general en CD.

b) el de Acción Católica Mexicana ubicado en la UIA, será reabierto una vez que termine la remodelación de la biblioteca.

Fuentes primarias:

Archivo Histórico de Acción Católica Mexicana (AHACM), Universidad Iberoamericana, Caja 2.10 Junta Diocesana de Huejutla, Hidalgo.

Archivo Histórico del Arzobispado de México (AHAM), Fondo Darío Miranda, Expediente 109, “Discurso del Sr. Obispo Manríquez y Zárate agradeciendo el banquete”, s/f.

AHAM, Fondo Darío Miranda, Expediente 135, s/f, Porfirio Valdés, “Reseña de las actividades catequísticas en la Diócesis de Huejutla, Hgo., 1923-1940”, 4 de agosto de 1940.

AHAM, Fondo José Mora del Río, Caja 72, Expediente 1, Foja 2, Carta de José de Jesús Manríquez al Arzobispo Mora del Río, Huejutla, 12 de marzo de 1925.

Periódico: El Universal. Las relaciones Iglesia-Estado en México, 1916-1992, 3 tomos, México, 1992.

Fuentes secundarias:

Aguilera González, Francisco, *Cardenal Miguel Darío Miranda, el hombre, el cristiano, el obispo*, México, Conferencia del Episcopado Mexicano, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, 2005.

Blancarte, Roberto, *Historia de la Iglesia Católica en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Carrera Quezada, Sergio E., *A son de campana. La fragua de Xochiatipan*, México, CIESAS-El Colegio de San Luis-Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2007.

González Gómez, Claudia, “*Francisco Banegas Galván, un intelectual católico en el México revolucionario. Reflexión historiográfica*”, Tesis de Maestría en Historia, México, Universidad Iberoamericana, 2003.

- Hofstadter, Richard, *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, Cambridge, Massachussets, Harvard University Press, 1996 (traducción inédita de Arturo Grunstein), pp. 1-11.
- Manríquez y Zárate, José de Jesús, *Quinta Carta Pastoral* que el Ilmo. y Revmo. Señor Obispo de Huejutla dirige a sus Diocesanos con Motivo del Proyecto de Ley sobre reducción de sacerdotes presentado al Congreso del Estado de Hidalgo, Huejutla, Hidalgo, 22 de noviembre de 1925 y *Sexta Carta Pastoral*, Huejutla, Hidalgo, 3 de abril de 1926. Se publicó en *Revista Popular*, año II, núm. 11, México, junio 1926 y en *La Dama Católica*, tomo V, núm. 57, México, 1 de junio de 1926.
- *El socialismo*, México, Ediciones Pagf, 1936.
- Menes Llaguno, Juan Manuel, *Historia mínima del estado de Hidalgo*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2006.
- Meyer, Jean, *La Cristiada*, 3 tomos, México, Siglo XXI Editores, 1992.
- *La cruzada por México. Los católicos de Estados Unidos y la cuestión religiosa en México*, México, Tusquets Editores, 2008.
- López Beltrán, Lauro, *Manríquez y Zárate. Primer Obispo de Huejutla*, México, Editorial Tradición, 1974.
- Puente Lutteroth, María Alicia (comp.), *Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*, México, Editorial Jus-CEHILA, 1993.
- Romero de Solís, José Miguel, *El aguijón del espíritu. Historia contemporánea de la Iglesia en México (1892-1992)*.
 página web: www.books:google.com.mx/books?isbn=9686839798
- Ruiz de la Barrera, Rocío, *Breve historia de Hidalgo*, México, Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Olimón Nolasco, Manuel, “El enfrentamiento, 1916-1929” en *El Universal. Las relaciones Iglesia-Estado en México, 1916-1992*, 3 tomos, México, 1992.
- Schryer, Frans, *Ethnicity and Class Conflict in Rural Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1990,
- Torres Septién, Valentina, *Guanajuato y la resistencia católica en el siglo XX*, inédito, 2008.
- Valverde Téllez, Emeterio, *Bio-bibliográfica Eclesiástica Mexicana (1821-1843)*, tomo II, México, Editorial Jus, 1949.
- Velázquez, Ildefonso, *Datos biográficos del Exmo. y Rev. Don José de Jesús Manríquez y Zárate*, s/l, noviembre de 1944 (Biblioteca del Instituto Mora).